VENEZUELA Y SU GOBERNANTE

Por
NEMESIO
GARCIA
NARANJO

VENEZUELA Y SU GOBERNANTE

VENEZUELA

Y SU

GOBERNANTE

Por

NEMESIO GARCIA NARANJO

CARRANZA & CO.
136 W. 52nd St.
New York, N. Y.

Derechos de Propiedad

INDICE

El Congreso Periodístico de Washington..... 13
En Honor de Bolívar..... 23
Alejandro Fernández García..... 31
La Evolución del Gobernante Fuerte..... 37
Un Régimen Orgánico..... 45
Una Semana en Esparta..... 53
El Hombre de Maracay..... 61
Gobernar es Unir..... 73
La Nación Creadora..... 87
La Parábola de los Toros..... 97
La Parábola del Río..... 107
El Arbol Epico..... 113
El Camino de la Libertad..... 123
La Elocuencia de las Cifras..... 133
La Tesis del Cesarismo Democrático..... 139
La Tumba de Bolívar..... 155
Despedida Gentil 169
La Ofrenda del Libro..... 173

Gral. Juan Vicente Gómez, Presidente de la República de Venezuela.

PRIMERA PARTE

EL CONGRESO PERIODISTICO DE WASHINGTON

AL reunir en este pequeño volúmen los artículos que publiqué en "El Nuevo Diario" durante mi reciente estada en Venezuela, considero pertinente exponer la forma en que entré en relaciones con los habitantes de aquella hospitalaria república, y muy especialmente con su fuerte y progresista Presidente don Juan Vicente Gómez.

En marzo de 1926 me embarqué en Veracruz con rumbo a los Estados Unidos, a donde vine con el objeto exclusivo de representar a los grandes diarios "Excelsior," de México y "La Prensa," de San Antonio, en el Congreso Pan Americano de Periodistas que se celebró en Washington en abril del año pasado. A mi paso por la Habana, el distinguido escritor español don Manuel Aznar, que se hallaba entonces al frente de "El País", tuvo la gentileza de suplicarme que en caso de que mis compromisos con los periódicos mexicanos no me lo vedaran, representase

también al diario habanero que estaba bajo su dirección. Yo acepté con todo gusto el honroso encargo, y así fué cómo en el Congreso de Washington, además de figurar en la delegación de México, formé parte de la delegación cubana.

A la entrada del salón de recepciones de la Unión Pan Americana, se encuentra la estatua de José Martí. Los periodistas cubanos, algunos de los cuales habían conocido personalmente a aquel paladín de la Libertad, organizaron una ceremonia sencilla, para colocar en el pedestal del mármol venerable, la bandera y el ramo de flores, que una vez para su tumba, pidió Martí en estrofa de cristal.

Ningún otro héroe es tan digno del tributo de las rosas inmaculadas como el redentor de Cuba, pues durante su corta y luminosa vida, sólo se encargó de desparramar perfumes y armonías en su derredor. El dijo en versos misericordiosos y transparentes:

"Cultivo la rosa blanca
en Octubre y en Enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca;

y para aquél que me arranca
el bien con saña enemiga,
no tengo cardo ni ortiga:
cultivo la rosa blanca."

¿Qué mucho pues, que los periodistas de Cuba se agrupasen en derredor de su héroe predilecto. y le ofrendasen la hermosa bandera de la estrella solitaria y las rosas albas que habían llenado su vida? Dos oradores pronunciaron discursos entusiastas y votivos, y ya para terminar el homenaje, la delegación cubana me invitó para que dijese unas cuantas palabras, pues querían que mi verbo condensase algo más que un tributo patriótico: una ofrenda pan americana y hasta universal.

¿Qué fué lo que dije entonces en honor de José Martí? Al día siguiente de la ceremonia procuré reconstruir mi discurso que había brotado espontáneamente de los entusiasmos y delirios del momento; pero sólo recordé vagamente que había delineado la forma subyugadora en que Martí consiguió que en su espíritu superior, coincidieran en una conjunción de milagro, su amor a la Belleza y su amor a la Libertad.

Tan magnánimo y fuerte como los libertadores de los otros pueblos, tuvo Martí sobre ellos el prestigio supremo de haber sido un hombre de letras. Perpetuando la tradición gloriosa de los Eskilos, de los Alhigieri, de los Cervantes y de los Byron, no se conformó con refrescar sus labios en las linfas diáfanas de la fuente Castalia, sino que se bañó épicamente en las aguas negras y quemantes de la Laguna Estygia.

Sin haber tenido una niñez tan áspera como la de Anníbal, ni una juventud tan azarosa como la de Alejandro, el poeta de la redención cubana supo desde sus primeros años lo que eran peregrinaciones, exilios y cautiverios. Fué un cancionero errante que anduvo de Patria en Patria, anunciando el próximo sursum de la república cubana. Un día, sin embargo, no conforme con ser un profeta, quiso también ser un héroe, y pasó del verbo flamígero a la acción incansable. Y Martí, que era un bardo de cristal, se transfiguró en un paladín de hierro. Dejó el huerto lírico por la barricada y convirtió su alma en un yunque, en donde a martillazos, se puso a forjar las clavas del combate.

La senda de Martí, antes tapizada de flores, se convirtió por su propia voluntad en un vericueto sombrío que desembocaba en la Tragedia. La independencia de Cuba, como la Walkyria durmiente de las leyendas wagnerianas, se encontraba envuelta en llamaradas y esperaba al arrogante paladín que la fuese a despertar. Y Martí, sin vacilar un instante, sin ponerse a pensar en la eficacia o en la esterilidad del holocausto, y quizás guiado como Sigfrido, por los murmurios de las selvas vírgenes y por los trinos de los pájaros agoreros, se abalanzó heroicamente sobre las llamas, para besar a aquella Walkyria

sitiada por el fuego, y volverla con su amor a la vida y a la libertad!

Las anteriores ideas en palabras diferentes que ahora no puedo recordar, fueron las que expresé en Washington en remembranza del Redentor de Cuba. Y dije también que esta Patria, por haber emergido de aquel estro resplandeciente, tenía el aspecto inspirado y radiante de las nueve musas. La isla le debe al héroe, no sólo su libertad, sino también su donaire, su ligereza y su gracia. La mayor parte de las naciones, a semejanza de las cariátides góticas, se miran atormentadas bajo el peso que llevan sobre los hombros; pero Cuba, por ser la hija amada de un poeta, parece una cariátide griega satisfecha de su destino que sonríe luminosamente bajo el peso que sobre su frente ha puesto la civilización. ¡Patria envidiable que se alza en la Historia, no como una Tragedia roja sobre bayonetas lívidas, sino como un canto célico, sobre una comunión de liras de oro . . .!

A los pocos días del homenaje de Martí, los periodistas de las cinco repúblicas bolivarianas, capitaneados por la delegación de Venezuela, organizaron otro homenaje delante de la estatua del Libertador Simón Bolívar. El estudiante ecuatoriano Don Antonio Parra, que representaba "La Idea" de Guayaquil y que había aplaudido con generoso entusiasmo mi oración dedi-

cada a Martí, se obstinó para que también hablase en honor del héroe máximo de la América del Sur. No necesitó de muchos esfuerzos para convencerme, pues siempre he considerado a Bolívar como a uno de los hombres más grandes del mundo, y el primero, sin género de dudas, que ha producido el Continente Occidental.

Tuve la buena fortuna de que mi discurso bolivariano resultase el santo eslabón que me iba a ligar con el pueblo venezolano. Todos los delegados de la Patria del héroe de Carabobo se hicieron desde luego mis amigos, y el jefe de la delegación, don Alejandro Fernández García, al regresar a Caracas, queriendo que la República de Venezuela, correspondiese de algún modo a mi admiración por Bolívar, propuso que se me otorgara la honrosísima condecoración del Busto del Libertador, creada por el mismo Bolívar hace más de un siglo.

El Ministro de Relaciones Interiores, doctor don Pedro Manuel Arcaya, acogió con excesiva gentileza la proposición de Fernández García, la apoyó sin reticencias, y el Presidente de la República General don Juan Vicente Gómez, tuvo la bondad de conferirme la condecoración, nombrándome, al efecto, Comendador de la Orden del Libertador.

Así fué como entré en relaciones con el pueblo de Venezuela y con su vigoroso mandatario; pe-

ro, antes de continuar el relato, considero pertinente insertar el discurso afortunado que me sirvió como amuleto para penetrar en tantos nobles pechos y en tantos corazones generosos.

EN HONOR DE BOLIVAR

Señores:

Siempre ha sido para mí una alegría hablar de las proezas de Simón Bolívar; pero esa alegría se intensifica más en estos instantes en que el Destino me ha deparado el inolvidable honor de ser oído por representantes eximios de todo el Continente. Así es como se debe hablar del Libertador: teniendo por auditorio a toda la América. Es de los héroes máximos que rompen el círculo limitado de las Patrias, e imponen su culto en tierras extrañas y remotas. La bandera que él enclavara sobre las crestas de los Andes ha crecido fabulosamente, y hoy protege con su orgulloso flamear a veinte pueblos que se disputan la gloria de rendirle reverencia.

En los pocos momentos de que dispongo para distraer vuestra atención, sería imposible, no solamente referir, pero ni siquiera enumerar las hazañas estupendas del héoe magno de Junín y Boyaca. Bolívar fué guerrero, tribuno, legislador y artista, y su espíritu multiforme parece una

de esas plazas estrelladas a donde convergieran como a un foco de vida, las avenidas de la acción y el pensamiento contemporáneos. El elogio de cualquiera de las facetas de aquella alma poliédrica no puede caber dentro de las proporciones exiguas de un discurso: requiere el molde recio de la epopeya.

Por eso me limitaré a trazar los contornos fundamentales del héroe; y puesto que nos encontramos en un Congreso integrado por iberos y anglo sajones, la mejor manera que encuentro de trazar los perfiles del paladín de Venezuela, es colocar su figura junto a la de Jorge Washington y conseguir con el contraste de sus cualidades raciales, la mejor definición de los dos adalides de la Libertad.

Bolívar es el representante más genuino y perfecto que ha tenido el genio latino en el nuevo mundo, como Washington es la condensación más acabada del espíritu anglo sajón. Washington es el héroe equilibrado y armónico, con sus virtudes bien repartidas y con sus ímpetus perfectamente canalizados; Bolívar, por lo contrario, es el genio exaltado y fogoso, lleno de rugosidades épicas y con lineamientos divinamente desiguales. Washington es uniforme y simétrico como un triángulo equilátero; Bolívar es irregular y caprichoso, como las figuras que trazan las estrellas al integrar las constelaciones celestes.

Washington es un "english gentleman;" Bolívar es un hidalgo rezagado de la gloriosa caballería andante de la vieja España. Washington es la realidad; Bolívar es el ensueño; Washington tiene los dos pies clavados sobre la tierra; Bolívar perfora con su frente visionaria las nubes doradas de las auroras y pierde sus miradas quiméricas en los éxtasis divinos de las estrellas . . .

Héroe bello, héroe romántico, héroe todo ideal. Derramó su genio con la generosidad paternal con que el Nilo se desborda de su cauce, y con el ímpetu caritativo con que el Amazonas endulza las amarguras del mar. Todo en Bolívar fué ofrenda: su corazón, su espíritu, su vida . . .

Los demás héroes hispano americanos se suman en él: Hidalgo es la abnegación; San Martín es la gloria; Morelos es el genio militar; Juárez es el carácter; Sucre es un gran ciudadano; Martí lleva su inspiración poética al campo de la acción; pero Bolívar sintetiza maravillosamente estos variados atributos, en él convergen milagrosamente las más opuestas cualidades, y por eso se puede decir que es el héroe latino por excelencia, el producto más noble y depurado de nuestra raza.

Está hecho el Libertador de nuestro mismo barro, de nuestras mismas quimeras, de nuestras mismas fantasías, de nuestras mismas audacias, y ¡ay . . . ! también de nuestras mismas locuras.

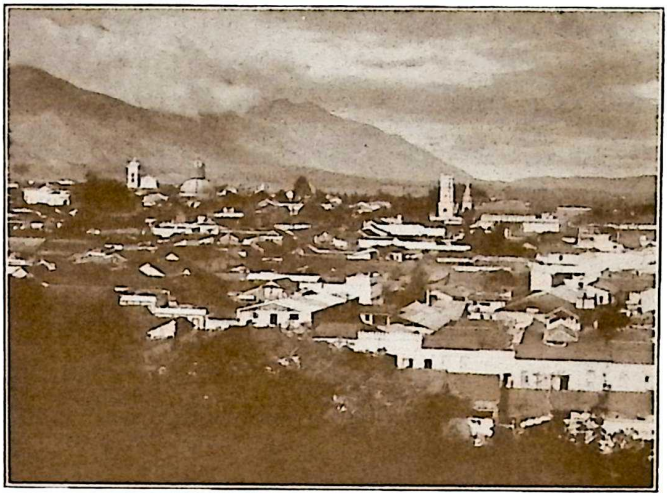
Parece un fragmento heroico de nuestra naturaleza, bella y desigual, llena de entrantes y salientes, pródiga en precipicios negros y en cimas albas. Es como una de esas cordilleras nuestras que sintetizan todas las floras, porque tienen a sus pies la lujuria exuberante de la zona tórrida y en las cumbres desoladas, la austeridad astringente de las regiones polares . . . Por eso su gloria es la síntesis de toda la América, y en ella se combinan sinfónicamente ímpetus de Orinocos, trepidaciones de Popocatepetles, cantos de Tenquedamas y excelsitudes de Chimborazos. . .!

La obra de Jorge Washington ha resultado grandiosa: sobre los cimientos de acero que él construyó, se levanta hoy el pueblo más poderoso y rico de la tierra. Las repúblicas nacidas del hálito redentor de Simón Bolívar aún no llegan a su pleno desarrollo y por lo mismo, su apoteosis íntegra, está reservada todavía a la posteridad. Los cinco nidos que él tejiera y colocara sobre cinco picachos de los Andes aún le dan calor a los polluelos que no han tenido la ventura de crecer; pero esos polluelos serán mañana condores, que al remontarse al espacio, dibujarán con su vuelo gigantesco la gloria completa del Libertador.

Entretanto, y mientras que la América española llega a lo que debe llegar, permitidme que levante mis palabras a la altura de mi corazón y

os hable románticamente de este divino romántico de nuestra Libertad, que fué grande a la hora del triunfo, y más grande aún en el Calvario.

Bolívar fué un poeta inmenso que rimó una estrofa de cinco versos inmortales que se llaman Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador y Bolivia; fué un profeta inspirado que escribió una Biblia con cinco Evangelios de redención: las cinco Constituciones de cinco nuevas nacionalidades; fué un caballero andante que le arrebató a España cinco esclavas resentidas y le devolvió cinco hijas amorosas; fué un clarividente visionario, que al realizar cinco sueños, los transformó en límpidas perlas, que montó en la diadema de la Libertad; fué, por último, un semidiós, que arrancó del firmamento una estrella y la incrustó gloriosamente sobre los Andes, en donde brilla y brillará por los siglos de los siglos, llevando en sus cinco estiletes rutilantes el alma de cinco naciones independientes . . .!



Panorama de la ciudad de Caracas, cuna del Libertador.

ALEJANDRO FERNANDEZ GARCIA

Este afiligranado escritor, al publicar mi discurso sobre Bolívar en "El Nuevo Diario", tuvo la gentileza de presentarme al pueblo venezolano en los siguientes términos efusivos:

"García Naranjo es uno de los más brillantes escritores de la presente intelectualidad mexicana, y por su ilustración y las bellezas de su estilo literario, figura entre las más altas mentalidades de aquella gran República. Su inquieto y ardoroso pensamiento se desborda en artículos, conferencias y discursos, y constantemente en la labor diaria como redactor del importante periódico "Excelsior" de la capital azteca.

"Conocíamos a García Naranjo desde la inolvidable época en que existían en México, la "Revista Moderna," y, en Caracas, "El Cojo Ilustrado," y ambas revistas eran como dos fulgurantes faros que orientaban en América la barca de la Belleza. Ahora el fino literato de la "Revista Moderna," el cazador de quimeras, el devoto de la Belleza, en el ardiente campo del periodismo,

imprime a las páginas de "Excelsior," el nervio de sus ideas y el fuego de sus ideales en medio de las profundas inquietudes de la época actual de su patria; pero como en su vibrante personalidad no ha muerto el poeta, al tocarlo la centella de la América Hispana, se produjo en el discurso a que nos referimos, que no es un discurso sino un canto, que no es oratoria sino poesía, que no es elocuente rumor de palabras, sino música lírica de la más alta, de la más noble, de la más digna del Libertador latino de América.

"Para los venezolanos, que tienen el más justo y fervoroso culto por el Libertador, esta nobilísima página de García Naranjo le conquistará, junto con la más merecida admiración, el cariño más fraternal, porque cantar en esa forma al Libertador es adquirir en cierto modo la carta de nacionalidad venezolana.

"Atendiendo a estas razones de orden sentimental dentro de nuestro patriotismo, el autor de estas líneas, cuando en la sesión de clausura del Primer Congreso Pan Americano de Periodistas, le tocó despedirse, desde la tribuna, en breves palabras cordiales, de sus compañeros de aquella distinguida asamblea, particularizó sus sentimientos de confraternidad latino americana, en el dignísimo representante de "Excelsior" de México."

No obstante de que conservo las anteriores pa-

labras, en el cuartel predilecto de mi blasón, no fueron ellas, ni tampoco los méritos intelectuales indiscutibles de Fernández García, quienes me acercaron más a este espíritu superior. Fué su franqueza honrada, su integridad mental y su carácter firme, lo que más me hizo apreciar al eminente periodista venezolano. Durante las sesiones del Congreso de Washington, amenazó desencadenarse sobre él una tempestad de intrigas, y él, en vez de arredrarse, se preparó a atravesar la crisis con una absoluta serenidad.

Un grupo de adversarios políticos del General don Juan Vicente Gómez, pretendió presentar en el Congreso periodístico una protesta candente contra Venezuela, y para ello, se buscó la complicidad de los periodistas mexicanos. El que hacía entre bastidores propaganda a este proyecto, que nada tenía que ver con el periodismo, era un delegado de Puerto Rico, que por ser ciudadano de los Estados Unidos, no se atrevía a sacar la cara. Como los gobiernos de los Generales Calles y Obregón han tenido rotas sus relaciones con el Gobierno de Venezuela, se supuso que los delegados de México eran los indicados para apadrinar esta obra de discordia y estridencia.

Por fortuna para la justicia, la mayoría de la numerosa delegación de México se componía de gente seria y respetable. De otra suerte habría

triunfado la intriga, que consistía en disparar dardos envenenados contra el Presidente de Venezuela, para conquistar el favor de las actuales autoridades de México.

Mal podían prestarse a esta ruín maniobra los verdaderos periodistas de México, cuando les consta, por una dolorosa experiencia, que no disfrutamos de la libertad necesaria en nuestro país, para poder censurar con decoro la opresión en que puedan encontrarse otros pueblos. Efectivamente, entre los delegados se encontraba el veterano Carlos R. Menéndez, que ha sufrido de parte del actual régimen de México, no sólo agresiones cobardes en contra de su persona y la de su hijo, sino también la destrucción de sus talleres. También estuvieron en Washington los señores Vicente Villasana y Silvestre Terrazas, que han sido encarcelados en diversas ocasiones; y por último, el que escribe estos renglones, que se encuentra en el destierro por no haber querido vender su pluma a los opresores de su Patria, no podía autorizar el cinismo de protestar contra supuestos ultrajes a la prensa venezolana, los cuales no pueden ser más atentatorios ni más viles que los que se han cometido y siguen cometiéndose contra los escritores libres, por los actuales detentadores del poder en México.

Ante la negativa de los verdaderos periodistas de México para convertirse en instrumentos de

pasiones ajenas, fracasó la intriga, y sus promotores no se atrevieron ya ni siquiera a presentarla. En todos aquellos días se cernió sobre los periodistas de Venezuela la amenaza del escándalo; pero Fernández García no perdió por un solo momento la serenidad ni la templanza, se mantuvo firme, resuelto a esperar la tempestad, sin provocarla con vanos alardes ni arrogantes imprudencias, pero sin intentar conjurarla con sórdidas transacciones y temblorosas cobardías.

Y me pareció una de aquellas figuras del Renacimiento, que lo mismo eran maestros para labrar filigranas en una espada, que para manejarla luego con destreza, Y pensé para mí mismo: no, no es un esclavo, por lo contrario, es un hombre completo. Y ocupó desde entonces un sitio preferente en mi corazón.

LA EVOCACION DEL GOBERNANTE FUERTE

Tan pronto como se rompieron los hielos de la etiqueta, y creí haber inspirado a Fernández García bastante confianza, me atreví a hacerle una pregunta que desde muchos días antes, se me andaba saliendo de los labios: ¿Cómo es en realidad el General Gómez?

El redactor de "El Nuevo Diario," con una sonrisa en que me decía claramente que estaba esperando mi pregunta, me contestó con la mayor naturalidad del mundo:

"Es un hombre de brazo fuerte, de inteligencia aguda y de corazón bien puesto; conoce el alma humana a fondo, no a través de libros de teorizantes, sino por haber auscultado él mismo el corazón palpitante de las inquietas muchedumbre; sabe acertar "a la primera intención," que es como dice el manchego de Cervantes que se debe acertar; vive con la perpetua obsesión de construir y sembrar; y por último, ejerce el mando sin esfuerzo, con absoluta sencillez, con la

misma sencillez con que un carpintero maneja el martillo o un Rodín golpea el mármol con su prodigioso cincel."

—Pero Ud. me ha hecho una pintura que igualmente puede aplicarse a Ximénez de Cisneros y a Richelieu, a Cromwell y a Bismarck. . .

—Se parece a todos ellos, y sin embargo, es diferente de todos, — me contestó Fernández García. Es venezolano, genuinamente venezolano, y en eso se distingue de los demás gobernantes. Sabe mandar y eso es lo que tiene de común con todos los Césares de la historia.

—En ese caso, debe tener muchos puntos de contacto con el César mexicano, o sea Porfirio Díaz — contesté yo. Y a fin de que me señalara esos puntos, obsequié al periodista de Venezuela un folleto que contenía un discurso mío, que pronuncié hace siete años y en el cual procuré delinear la figura del gran Dictador de México.

Fernández García leyó con gran interés mi panegírico y acabó por decirme:

—Ud. debe ir a Venezuela a conocer a nuestro Presidente. De aquel discurso le interesaron con especialidad dos períodos que, a su juicio, parecían haberse escrito con el objeto de retratar al General Gómez.

El primero de esos períodos se refiere a la vida militar del General Díaz y es como sigue:

"Si el seminario afirmó la voluntad de Porfi-

El General don Juan Vicente Gómez exhibiendo el algodón que se cosecha en sus campos.

rio Díaz y el Instituto de Oaxaca lo inició en el culto de la justicia, las campañas militares, con su secuela de fatigas y peligros, formaron al hombre de acción y le dieron un conocimiento perfecto del país. Se improvisó soldado; mas, por su fortuna, siempre anduvo luchando en los campamentos y no llevó jamás la vida sedentaria del cuartel. Todos los que conocen íntimamente la vida militar mexicana saben que no es lo mismo "soldado de campaña" que "soldado de cuartel." El primero, por el ejercicio constante de la voluntad, por el hábito de correr riesgos, por la necesidad de moverse rápidamente, por la gimnasia obligada del azar, se vuelve con los años un ser vigoroso, astuto, perspicaz, siempre en acecho, siempre alerta y dispuesto a las más audaces empresas. El soldado de cuartel (y esto sucederá ineludiblemente hasta que se conviertan los cuarteles en escuelas) se acostumbra, por lo contrario, a la vida ociosa y lánguida, llena de voluptuosidades enervantes. Por otra parte, en los campamentos el soldado se acostumbra a conocer a los hombres: diariamente se registran lances que exhiben las cualidades y defectos de un regimiento. Después de una campaña, todos los soldados saben cual de sus camaradas es el más valiente, y el más sereno, y el más astuto, y el más sutil, mientras que en el cuartel, en tiempos de paz, se cumplen fácilmente los deberes ofi-

ciales y no hay oportunidad de distinguir el mérito de los hombres. Por eso los soldados de cuartel, aunque se encuentren dotados de gran inteligencia y eviten heroicamente las escolleras del vicio, siempre exhiben falta de tacto para obrar y gran inexperiencia para escoger colaboradores. En cambio, después de vivir varios años en perpetua lucha, el alma se prepara para gloriosos destinos. Así se prepararon César y Bonaparte; así se preparó Díaz."

El segundo período se refiere al sistema político porfiriano, como puede verse a continuación:

"Su fórmula de gobierno fué una dictadura moderada, con todas las apariencias de república constitucional. Nadie ignoraba que la voluntad del General Díaz era omnímoda, que el país se encontraba sobre sus hombros; pero él, en vez de exhibir su omnipotencia, la tenía perfectamente enclaustrada dentro de los preceptos de la Constitución. Se hacía siempre lo que él mandaba, pero el mando seguía fielmente el carril austero de la Ley. Aquel gobierno parecía tener, según la frase lapidaria de don Joaquín Costa "una mano de hierro con guante de terciopelo." Muchos interpretaron esa sumisión a la forma constitucional como una hipocresía inútil que hacía resaltar irónicamente la falta de libertad política

del pueblo mexicano. ¡Para qué las formas democráticas, si en el fondo había un gobierno dictatorial! ¡Para qué las apariencias republicanas, si todo el poder se hallaba concentrado en un hombre! ¡Ah, las formas! Nos parecían un sarcasmo cruel y han resultado una conquista fundamental. Hubo necesidad de una avalancha bestial que todo lo destruyera, para darnos cuenta de que también las formas son sagradas. Aquellas fórmulas legales que parecían autorizar una burla, lo que en realidad hacían era refrenar la tiranía, contener la fuerza absoluta, suavizar los procedimientos, quitar un poco las asperezas del poder, preparar el campo para una época mejor. Esto no lo comprendíamos entonces, porque aún no habíamos visto caer sobre la sociedad atónita a una turba de trogloditas cuya voluntad desbocada no tenía ni siquiera los valladares de la formalidad legal."

—Lo más interesante del elogio que Ud. tributa a la observancia de las formas, es que entraña una rectificación honradísima que se hace después de las experiencias brutales de la Revolución. Así me dijo Fernández García y luego añadió: —Ud. no ha elaborado una doctrina para servir a un Régimen, sino que se ha limitado a hacer historia: por eso sus palabras son definitivas y deberían recordarse por los espíritus impacientes que quieren que los pueblos pasen de

un golpe, de la dictadura hermética a la democracia impecable.

Después de platicar largamente sobre este tema, Fernández García me volvió a decir que debía ir a Venezuela. Y me hizo el siguiente anuncio profético: —Desde cierto punto de vista, se va a encontrar Ud. con un hombre original, distinto de todos los que hasta hoy ha tratado; pero desde otro punto de vista, va Ud. a experimentar la impresión de que es un viejo conocido.

Meses después, me dijo el doctor Rafael Requena, que al leer al General Gómez mi discurso porfiriano, había advertido que el rostro del Presidente de Venezuela, enfrente del retrato del César de México, había adquirido esa expresión de seguridad y de confianza que tienen las gentes que se han asomado al interior de sí mismas y visto su propio corazón.

UN REGIMEN ORGANICO

Cuando el doctor Rincones, Cónsul General de Venezuela en New York, me entregó, en nombre de su Patria, la condecoración del Libertador, decidí desde luego, hacer el viaje a la República del Sur. Al deseo vehemente que siempre había sentido de visitar la tumba de Bolívar y al interés inquietante que me inspiraba la personalidad del Presidente Gómez, se vino a añadir el deber de cortesía de corresponder de alguna manera al inmenso honor que se me acababa de conferir.

Al llegar a Caracas, el primero de Septiembre de 1926, me enteré de que el personal de la Administración pública se hallaba en vacaciones y que el General Juan Vicente Gómez se había internado, ansioso de descanso, en los potreros de una de sus haciendas, por lo que no me iba a ser posible visitarlo y conocerlo desde luego. Había que esperar cuando menos dos semanas.

Me dediqué, por tanto, durante la primera quincena de septiembre, a conocer todas las re-

liquias históricas y a visitar los alrededores pintorescos de la hermosa capital venezolana. Al mismo tiempo, me puse a auscultar las palpitaciones del alma popular, para ver si el gobierno fuerte del General Gómez, obedecía nomás al capricho de un mandatario que logra imponerse efímeramente en determinado momento histórico, o por lo contrario, era ya algo orgánico que respondía a aspiraciones colectivas y que había clavado sus poderosas raigambres en el espíritu y el corazón de Venezuela.

A pesar de lo que griten los utopistas de la Democracia, es indudable que el mundo contemporáneo, decepcionado por amarguísimas experiencias, ha reaccionado en los últimos lustros hacia los gobiernos sólidos y fuertes. Italia lleva ya seis años de haber abandonado sus viejas instituciones parlamentarias y se ha iniciado en un régimen francamente imperialista. España también dejó el sistema congresional para intentar una organización política más fuerte. Stanley Baldwin en Inglaterra, Hindenburg en Alemania, Poincaré en Francia y Coolidge en los Estados Unidos, proclaman la preferencia que los pueblos actuales sienten por los gobiernos conservadores.

No existe nación alguna que guste de ser esclavizada; pero una cosa es que los hombres deseen ser libres y otra, muy distinta, es que se sa-

tisfagan con las pantomimas irreverentes de la Libertad. ¿Qué ganan los pueblos con las contiendas políticas y las campañas electorales, si en ellas sólo toman parte las facciones entronizadas? En Estados Unidos, cada ciudadano tiene el derecho indiscutible de depositar su voto en las urnas electorales; pero como las camarillas de politicastros eligen de antemano a los candidatos, resulta que esas camarillas y no el pueblo, son quienes manejan los destinos de la Nación. Y si eso pasa en la gran Unión norte americana, ¿qué no pasará en países menos preparados para la vida cívica?

A una patria le importa más que el escándalo político de las facciones enconadas, el problema vital de la producción: que las cosechas sean abundantes y que alcancen los mejores precios en los mercados: eso es lo que realmente interesa al pueblo, y por lo mismo, hay que educar a las masas para que concentren su atención y sus energías en la multiplicación de la riqueza y no permitan que demagogos inferiores las distraigan con el resplandor efímero de una política mezquina y faccional.

Venezuela así lo ha entendido y por eso es que la mayoría de la nación secunda a su Presidente. Después de ochenta años de turbulencias, que produjeron la bancarrota, han venido veinte años de paz, que han permitido la rehabilitación.

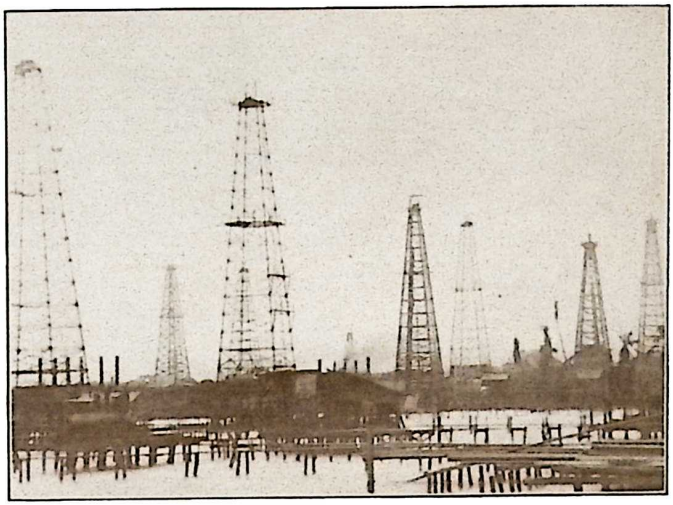
Y naturalmente, los agricultores, los comerciantes y los pequeños industriales, que se sienten cada vez más vigorizados y más libres, tienen que ser partidarios de un régimen, que aunque no proclama la libertad política, prepara, sin embargo, la redención hacendaria y la autonomía económica. ¿De qué le sirve a un individuo disfrutar de todos los derechos cívicos, si en cambio está amarrado por deudas onerosas y vive en oprobioso vasallaje financiero?

Es posible que uno que otro teorizante, desprendido en lo absoluto de la realidad, sueñe para Venezuela un régimen alborotado de clubs, en el que la libertad política se coloque muy por encima de la libertad económica. El pueblo, por lo contrario, prefiere que la redención cívica venga como consecuencia de la redención financiera.

Entretanto que recibía estas impresiones del alma colectiva, iba recogiendo de las conversaciones íntimas que diariamente sostenía con Rafael Requena y con Alejandro Fernández García, infinidad de detalles que servían maravillosamente para que mi imaginación completase el retrato que venía haciendo del General Gómez. ¡Cuántas anécdotas elocuentes! ¡Cuántos incidentes, al parecer sin importancia y sin embargo, reveladores de originalidad y de carácter! ¡Cuántos contornos ignorados y cuantas pinceladas sutiles!

Sin embargo, me faltaba lo más interesante, me faltaba la impresión directa.

En la tercera semana de Septiembre de 1926 recibió por fin Fernández García un telegrama del General Gómez, en el que le decía que tendría mucho gusto en recibirme en su hacienda "Las Delicias". Al día siguiente salimos con rumbo a Maracay el doctor Requena, el General Tobías Uribe, Alejandro y yo. Iba por fin a conocer al hombre de Venezuela.



Campo petrolero de Maracaibo.

UNA SEMANA EN ESPARTA

Los días que pasé en la ciudad de Maracay, constituyeron un paréntesis de disciplinas espartanas, en mi vida plácida de ateniense. El General Gómez tuvo la bondad de declararme su huésped y yo, como es lógico inferir, tuve el cuidado de amoldar mis actos a las austeras costumbres de este singular Jefe de Estado. En iguales condiciones se encontraba Alejandro Fernández García, que en caso de haber podido elegir alguna Patria de la Antigüedad, lejos de haberse fijado en la Esparta de Licurgo o en la Roma de Catón el Censor, habría escogido a la Atenas armoniosa de Pericles, y quizás yendo aún más lejos, hubiera preferido ser un voluptuoso alejandrino, bajo el régimen laxo del más epicúreo de los Ptolomeos . . .

Lo inusitado tiene siempre su encanto especial, y por eso jamás olvidaré aquellos días deliciosos de Maracay, en que me levantaba antes de que saliera el sol y llenaba las horas del día con la actividad que caracteriza a todos los que ro-

dean al General Gómez. Al lado de este hombre no puede uno estar inerte ni desocupado.

Entonces fué cuando conocí al General Tobías Uribe y acabé de conocer al doctor Rafael Requena. El General Uribe fué compañero de armas del Presidente de Venezuela y es y será por vida, uno de sus amigos más íntimos y uno también de sus más leales colaboradores. Atendiendo a la propaganda pasional de los adversarios del General Gómez, Uribe debería tener alma de cómitre y corazón de sicario. Y sin embargo, jamás me encontré facciones más nobles que las suyas, ni corazón más generoso, ni mano más leal, ni educación más exquisita. La fineza del General Uribe no es protocolaria, sino innata y medular, una fineza espontánea, que se ha conservado intacta, al través de la vida militar, lo mismo que un diamante que guarda su pureza a través de todas las pruebas.

El doctor Requena tiene como característica principal, el alborozo y el entusiasmo juveniles, que conserva a pesar de ser un completo hombre de mundo. Casi todas las figuras mundanas tienen el alma desencantada y el corazón marchito. Rafael, por lo contrario, con el espíritu iluminado perpetuamente por la lámpara sagrada de la ilusión, se halla arriba del envejecimiento y la decrepitud: ha viajado por todo el mundo, París le es tan familiar como Londres y Nueva York,

habla varios idiomas y conoce a gentes de todos los climas, tiene, en una palabra, un alma universal, y sin embargo, en vez de haber caído en el escepticismo y en el hastío, corona su experiencia mundana, que es enorme, con los resplandores y las aleluyas de una sempiterna primavera . . .

¿Y este espíritu inmarcesible es el que vive siempre al lado del General Gómez? Entonces, ¿cómo puede ser una figura trágica el Presidente de Venezuela? ¡No! Un espíritu sombrío gustaría de rodearse de tipos fúnebres e inquisitoriales y no de almas mozas como la de Requena, que vive en un vértigo constante de renovación.

Pero, ¿quién mejor que los familiares del General Gómez, pueden servir para orientar a los investigadores y definir tan discutida personalidad? No siempre son los hijos el reflejo del alma de sus padres, pero sí son casi siempre índices de su carácter y moralidad. A mi paso por Los Teques conocí al General José Vicente Gómez, Vicepresidente de la República e Inspector General del Ejército, quien no sólo tuvo la amabilidad de recibirme, sino que también me dispensó el honor de presentarme a su distinguida familia. En casa del doctor Baldó fuí presentado al doctor Delfino y a su culta y refinada esposa, que es hija del Primer Magistrado. En un viaje que hice a Ocumare de la Costa traté al General

Antonio José Cárdenas, cuñado del General Gómez. En el Hotel de Maracay, traté con bastante frecuencia a su tío, el doctor José Rosario García, de inteligencia y comprensión clarísimas y de profundo conocimiento del corazón humano. Por último, en una fiesta que en mi honor organizaron los jóvenes Juan Vicente y Florencio Gómez, hijos del Presidente, tuve amplia oportunidad para tratarlos, así como a otros miembros de la familia presidencial.

Todas estas gentes son de carácter afable, de corazón sencillo, de alma transparente, de costumbres limpias y de irreprochable conducta. Ninguno de los hijos o nietos del General Gómez, poseído de orgullo necio, pretende colocarse en un plano injuriosamente superior a la sociedad: por lo contrario, todos procuran salvar distancias y fraternizar generosamente con todo el mundo.

Entre los miembros de la familia oficial, quien vive en perpetuo contacto con el Presidente Gómez, es su Secretario General, el Dr. F. Baptista Galindo, hombre de amplia visión política, de espíritu rigurosamente metódico y de actividad incansable para el trabajo. Un Pedro el Cruel, exigiría como complemento indispensable su Juan Diente. ¿Y a quién que no esté ciego, se le puede ocurrir que un hombre tan bondadoso

como el Dr. Galindo, pueda ser inexorable ejecutor?

¡No! Por más que la pasión cegadora desparrame por la América latina crónicas monstruosas, aquello no es el "entourage" lívido de un déspota caprichoso, trágico y atrabiliario, sino el marco sencillo de un hombre fuerte, metódico y trabajador. Especialmente metódico. El General Gómez se levanta todos los días a la misma hora, se nutre frugalmente conforme a una dieta invariable, no prueba jamás una gota de alcohol y despacha todos los asuntos, tantos públicos como privados, de acuerdo con una disciplina fija.

Y esa disciplina rigurosa con que regula todos los actos de su existencia, la desparrama en su derredor y genera una vida espartana colectiva, que se mueve con la fuerza de un dinamo y la precisión de un cronómetro. En el escritorio del General Gómez nunca se advierte desorden ni revoltura: todos los papeles están siempre en su lugar. Lo mismo pasa en Venezuela: los hombres y las cosas están en el sitio que les corresponde. El hombre que tuvo la energía para imponer el orden en su vida propia, tenía que imponerlo también en la vida de la nación.

Por unos cuantos días llevé esa vida espartana y rectilínea y estuve apuntando detalles interesantes en mi carnet de escritor. Esos apuntes

me sirvieron para escribir los artículos que aparecieron en "El Nuevo Diario," y que hoy, a ruego de algunos amigos, reuno en este volúmen, con la esperanza probablemente infundada, pero siempre consoladora, de que alcancen una vida menos efímera que las crónicas fugaces de la prensa diaria.

SEGUNDA PARTE

(*Los Artículos de "El Nuevo Diario"*)

EL HOMBRE DE MARACAY

LOS periódicos de Estados Unidos, al referirse al General don Juan Vicente Gómez suelen evocar el recuerdo de don Porfirio Díaz. Y como yo fuí partidario devoto del fuerte Dictador de México, claro está que me acerqué al Presidente de Venezuela, ansioso de confirmar el paralelo. ¡Pero no! El General Gómez no se parece al General Díaz ni a nadie: tiene una fisonomía propia, inconfundible, completamente original.

Es natural que tratándose de dos pacificadores hispano americanos, tengan muchos puntos de contacto, como sin duda los tienen las figuras de César y Bonaparte, las de Luis Onceno y Augusto, las de Cromwell y Bismarck, como los deben tener el General Pildsusky de Polonia y el General Primo de Rivera de España. Pero son más las diferencias espirituales que los separan, y por eso no se puede decir que cada una de estas personalidades sea repetición o complemento de la otra. Es que los hombres fuertes son dueños

de sí mismos, trazan su ruta de acuerdo con las inspiraciones de su alma y de los imperativos del medio y no se ocupan de mirarse pueril mente en los espejos de los demás.

Lo que más diferencia al Gobernante de Venezuela del Dictador de México, es el amor con que el primero se ha adherido a la Naturaleza. El General Díaz, que salió del corazón del pueblo, se fué transformando con el transcurso de los años, en un aristócrata distinguidísimo y refinado. En la última década de su gobierno, la familia oficial porfiriana se sutilizó y magnificó de tal manera, que parecía una corte real. El viejo soldado de la Libertad adquirió el aspecto soberano de un César. Cuando en el año de 1910, celebró en la ciudad de El Paso, una entrevista con el Presidente de los Estados Unidos William Howard Taft, se presentó majestuosamente con un séquito digno de un Emperador. El héroe, con esta magnificencia, se alejaba de la sencillez republicana de su pueblo.

El General don Juan Vicente Gómez, por lo contrario, conserva los hábitos sencillos y los modales austeros de hace veinte años. Sigue siendo un agricultor en constante contacto con la tierra. Vive en la ciudad de Maracay, porque allí se encuentra a un paso de sus potreros y haciendas. El mismo vigila las parcelas sembradas y estudia los mejores métodos de cultivo. Todos

los días trata directamente con los mayordomos, con los gañanes y con los peones, y por consiguiente, no se ha desprendido ni desvinculado del alma popular.

Supo que yo deseaba conocerlo y señaló "Las Delicias," una de sus más hermosas y ricas haciendas, para que allí se celebrara la entrevista. No quiso presentarse ante el periodista extranjero bajo los regios artesones de un salón suntuoso sino enmarcado por la misma Naturaleza.

Mientras camino por una de las calzadas de la hacienda, lo miro a lo lejos, sentado debajo de unos árboles gigantescos y rodeado por mucha gente. No necesito acercarme al grupo, para reconocer en él, el jefe supremo. Desde la distancia se destaca con facilidad su máxima jerarquía. Homero, con esa sobriedad elegante que nadie ha conseguido igualar, describe al atrida Agamenón con estas palabras insuperables: "el que desde lejos manda."

El General Gómez, como el atrida, sabe mandar desde lejos y también, desde lejos, sabe ver las cosas y percibir el rumor de las muchedumbres. No necesita ponerse de puntillas para mirar a toda la nación ni para que la nación lo mire a él. Tampoco requiere alzar la voz para que su acento repercuta por toda Venezuela. Desde lejos se destaca su vigorosa personalidad.

Me acerco y miro a un hombre hecho y dere-

cho. Su frente es amplia; sus ojos, aunque pequeños, tienen poderosas fulguraciones que penetran hasta los más escondidos recovecos del alma; su bigote es arrogante y marcial; su cabellera abundante y muy bien peinada, apenas comienza a encanecer; su diestra, aunque parece de hierro, está llena de cordialidad. Viste un uniforme militar sencillísimo, sin entorchados ni laureles. Cuando se pone de pie, lo hace con tanta firmeza, que los tacones de sus botas militares, más que posados, parecen empotrados en la tierra.

En el momento de sentarse coloca su silla a cierta distancia de los demás. Luego, sobre la arena, clava su bastón con ademán fortísimo, como si estuviese clavando una bandera. A su lado se puede sentir confianza, pero no intimidad. No se crea por eso que ha menester de actitudes teatrales para inspirar respeto ni que comete descortesías para marcar distancias. ¡No! Las distancias se establecen con naturalidad sin que él dé notas ásperas ni gritos agudos. Es la soledad lógica del hombre superior que está arriba.

La devoción del General Gómez por la Naturaleza se revela en todos sus actos; pero me basta citar dos que me impresionaron hondamente. Al hacer en Maracay una visita a una hermosa escuela de niñas que se encuentra en construcción y después de llevarme por los corredores,

El Presidente rodeado por algunos de sus edecanes.

por los dormitorios y por las salas de estudio, me mostró de repente, un patiezuelo en donde crecía un árbol corpulento. Este patiezuelo se halla entre dos salones y rompe la unidad arquitectónica del edificio. "Esto ha quedado así — me explicó el General Gómez — para respetar la vida de este árbol. Es triste haber tenido que alterar los planos y variar el orden de las habitaciones; pero más triste aún hubiera sido clavar el hacha en este tronco venerable."

Al ver la devota reverencia de un Jefe de Estado por un árbol, me acuerdo de Hipólito Taine, que considera como virtud máxima de Inglaterra haber sabido conservar sus tradiciones y sus árboles. ¡Qué hermosa lección objetiva y perpetua va a dar el árbol a las creaturas del colegio! ¡En qué forma tan plástica y elocuente van a aprender las educandas que las cosas de los hombres, por más nobles y elevadas que sean, no tienen el derecho de sacrificar a las cosas de la Naturaleza.

El otro acto revelador del carácter del General Gómez consiste en mandar colgar diariamente de un árbol de la plaza principal de Maracay, un racimo de plátanos. "¿Y con qué objeto?" — preguntan los forasteros que por primera vez presencian este acto singular. Y las gentes del pueblo contestan: "—Es un banquete que el Presidente Gómez ofrece todos los días a las aves de Maracay." Y efectivamente, en actitud de

fiesta, muchas parvadas de pájaros alegres revolotean en derredor del racimo, y cantando, picotean los pájaros ofrendados.

Con estos dos actos sencillos se retrata este hombre excepcional. Sus arduas y fatigosas labores de estadista no lo alejan del culto noble de la tierra ni le hacen olvidar sus deberes sagrados para con la Naturaleza. Un panteísmo innato lo impele a estar en continuo contacto con la esencia de los seres y las cosas. Al proteger la vida de un árbol viejo y al preocuparse porque los pájaros se nutran, traza el compendio de su existencia sana y frugal.

Así no era el General Díaz, así tampoco han sido los fuertes dominadores de pueblos. Para entender bien la psicología del César mexicano, había que verlo en el alcázar imperial de Chapultepec: amaba a su Patria, puesto que por ella, había luchado heroicamente; pero no sentía la atracción irresistible de los surcos generosos; no adoraba a los árboles por sí mismos . . .

El General Gómez sí siente la pasión eglógica y por eso se ha retirado a vivir a Maracay, que es como vivir en el campo. Para comprender a fondo su personalidad, hay que verla destacarse de esta ciudad que no se parece a ninguna otra. Fué Alejandro Fernández García quien me dijo que en Maracay se veía por doquiera el espíritu fuerte del mandatario de Venezuela. Y en efecto,

El General Gómez manejando un tractor en una de sus haciendas.

en las piedras de los edificios, y en las frondas de los árboles, y hasta en los trinos de los pájaros, se advierte el alma poliédrica del General Gómez.

Luis Catorce tuvo su Versalles; Federico el Grande tuvo su Potsdam; Napoleón Primero tuvo su Fontainebleau; y Felipe Segundo tuvo su Escorial. Y en estos lugares, quedó para siempre troquelado el carácter particular de los hombres que los habitaron. Mientras la mansión del César prusiano es severa y marcial y el retiro de Felipe Segundo es austero como un convento, los palacios del Rey Sol ríen llenos de elegancia y de gracia . . .

El General Gómez tiene su Maracay. La ciudad es como él porque mezcla en una sinfonía de milagro, los ruidos marciales de la vida militar con los rumores activos del taller y de la hacienda. Es una ciudadela y al mismo tiempo un granero. Rural y épica a la vez, sabe entonar lo mismo la geórgica dulce que la oda heroica. Por un lado se dejan oír las canciones de las gentes de campo que ordeñan las vacas; por otro lado, vibran los clarines que trasmiten órdenes; y, arriba, atruenan el espacio las hélices de los aeroplanos, que al romper el aire, señalan la ruta del porvenir.

Y esa forma variada y múltiple de la ciudad de Maracay, no es más que el reflejo del alma

sintética del General Gómez, que lo mismo sabe dirigir una batalla o construir un cuartel, que romper un surco y sembrar la tierra; que relata con el mismo entusiasmo la forma en que derrotó al lancero Loreto Lima — el último de los lanceros legendarios — que el método empleado para mejorar la ganadería venezolana; que con igual aptitud arregló las finanzas de su tierra, que evitó que su Patria fuese envuelta en las llamaradas y torbellinos de la guerra mundial. Hombre extraordinario que sabe de negocios y de combates; que mezcla la fortaleza de su carácter con las adaptaciones más prácticas de la vida diaria; que a pesar de haberse elevado mucho, no se ha desprendido del seno de la Naturaleza; y que por haber reunido todas estas cualidades, fué el señalado por el Destino para alejar a Venezuela de los vórtices negros de la guerra civil y reconciliarla para siempre con el trabajo y con la paz.

GOBERNAR ES UNIR

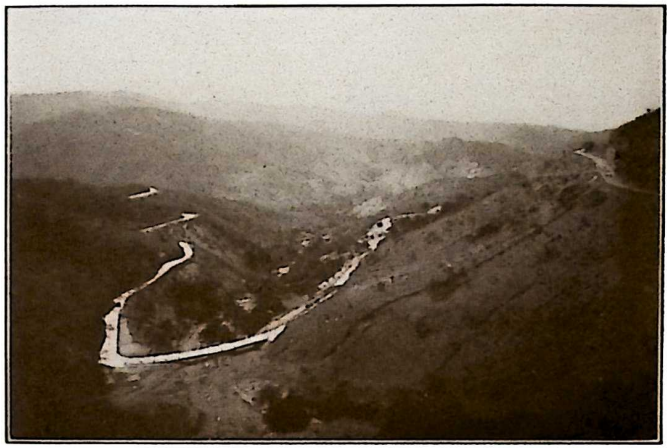
Al día siguiente de haber llegado a Maracay, el General Gómez tuvo la deferencia de invitarme a hacer un viaje en automóvil a Ocumare, que se encuentra en una hermosísima playa del Mar Caribe. La travesía se hace en tres horas, flanqueando montañas cubiertas íntegramente de verdura. La vegetación es tan prodigiosa que los helechos crecen como si fueran árboles y toman el gallardo aspecto de palmeras. Mi gentil compañero de viaje, el doctor Rafael Requena, compara las selvas que coronan las cumbres con la cabellera ensortijada y rebelde de un negro. El símil es exacto, pues por aquella maraña intrincada y salvaje parece que no hay peine civilizador que pueda penetrar. El piso de la carretera es admirable, los automóviles se deslizan con suavidad y a cada paso se dominan paisajes de ensueño.

Pero . . . cuando el General Gómez metió su peine civilizador por esos bosques vírgenes, no lo hizo para contemplar paisajes románticos sino

para satisfacer necesidades militares. Maracay es un baluarte natural protegido por montañas, en donde está a salvo cualquier ejército. Ocumare es la llave del Mar Caribe. Así pues, desde que se construyó el camino, puede transportarse una división desde Maracay hasta Ocumare en unas cuantas horas, y en otras cuantas horas puede ser llevada esa división desde Ocumare a cualquier puerto del litoral. Por consiguiente, la carretera ha puesto a Maracay — la ciudadela del General Gómez — en rápida y fácil comunicación con toda Venezuela.

Una vez terminada la carretera militar, el Presidente de Venezuela se consagró a construir carreteras destinadas al tráfico comercial y civil. Primero trazó el camino que dió fuerza, firmeza y agilidad al Estado; después vinieron, como consecuencia noble, los caminos multiplicadores de la vitalidad nacional. El proceso fué lógico; primero se colocan los cimientos de acero; después se levanta el edificio de arquitectura alada.

Desde entonces se han construído seis mil kilómetros de carreteras y es seguro que en los cinco años que están por venir, se va a multiplicar la obra realizada. Actualmente la nación venezolana gasta en la construcción de carreteras, la cantidad de sesenta millones de bolívares al año, o sean doce millones de dólares. Teniendo en cuenta que la República del Orinoco ape-



Los seis mil kilómetros de carreteras construidos por la administración del General Gómez, pueden apreciarse por este camino trazado sobre montañas.

nas tiene tres millones de habitantes, la proporción resulta tan alta, que no hay país en la tierra que la iguale en la actualidad.

Para colocarse a la altura de Venezuela, los Estados Unidos necesitarían gastar en carreteras cuatro dólares por habitante, o sean cuatrocientos cincuenta millones de dólares al año. Alemania necesitaría gastar más de mil millones de marcos, y Francia más de seis mil millones de francos. México, para no quedar en posición inferior, necesitaría gastar ocho pesos oro nacional por cada habitante, o sean ciento veinte millones de pesos al año.

Unir pueblos distantes: tal ha sido el programa del General Juan Vicente Gómez. Habiendo aprendido la geografía de Venezuela, no en los libros inanimados de sabios teorizantes, sino desarrollando campañas militares activísimas que lo llevaron en ocasiones repetidas desde las cumbres de los Andes hasta la cuenca del Orinoco, se dió cuenta exacta de que la unidad venezolana, como la de las demás patrias del nuevo mundo, tenía mucho de nominalista y virtual. Las diversas comarcas separadas las unas de las otras por una naturaleza áspera y rugosa, no tenían ocasión de realizar con el contacto el ensueño de la fraternidad nacional. El oriental y el occidental se observaban con recelo mutuo; el andino y el llanero se veían con rivalidad.

Acabar con esas rivalidades y recelos fué una obra benemérita; pero todavía fué más grande acabar con las diferencias de carácter faccional. Los liberales y los godos habían llenado con sus pugnas enconadas todo un siglo de turbulencia e inestabilidad. Era menester una energía máxima que pusiera un "hasta aquí" a aquella fiebre de loca discordia y disgregación.

Recientemente instalado en la presidencia de Venezuela, le fué ofrecido al General Gómez, un gran banquete en hacienda de "La Providencia", en donde uno de los jefes más exaltados del Partido Liberal, lo invitó a enarbolar el "pabellón amarillo" o sea la bandera radical de la extrema izquierda. Entonces el General Gómez, (que no cuenta entre sus defectos el de ser amante de pronunciar discursos) se levantó, sin embargo, de su asiento y alzando la copa, dijo estas palabras tan sencillas como reveladoras: "Por la Patria y por la Unión".

Con este brindis conciso, terminó el reinado exclusivo del grupo liberal que había venido imperando desde los tiempos del General Falcón y emergió una Venezuela renovada, de los escombros de las facciones disgregadoras. El pueblo vió en aquella actitud, que su mandatario supremo no era el héroe apasionado de un partido, ni el ídolo de un grupo de políticos militantes, sino el jefe imparcial de la república entera.

Detalles de una carretera venezolana en construcción. El camino ya está plano, pero le falta aún el pavimento.

Las revoluciones venezolanas, como las demás revoluciones de la América Española, habían traído siempre, con el triunfo de un caudillo, el entronizamiento de los corifeos de su partido y la persecución y exterminio de los corifeos del partido opuesto. Cada guerra civil, por su roja estela de rencores, evocaba las luchas cruentas de Mario y Sila en la vieja Roma. Siempre se procuraba con fe, con tenacidad y hasta con sacrificios, el entronizamiento exclusivo de los amigos y las proscripción de los rivales en ideas. El Partido lo era todo: estaba sobre la misma Patria. Había que repetir constantemente la frase brutal del soldado terrible de la Galia que derrotó a las huestes romanas y les hizo sentir la tortura de la impotencia: "Ay de los vencidos . . ."

El General Gómez decidió enterrar ese funesto precedente y al reclutar su gobierno, no se dejó guiar por prejuicios de secta ni supersticiones de bandería. E hizo todavía algo más: se rodeó de aquellos que él mismo había derrotado antes en los campos de batalla. Era que se asentaba el principio de que la Patria es algo sagrado que debe colocarse arriba de todos los partidos.

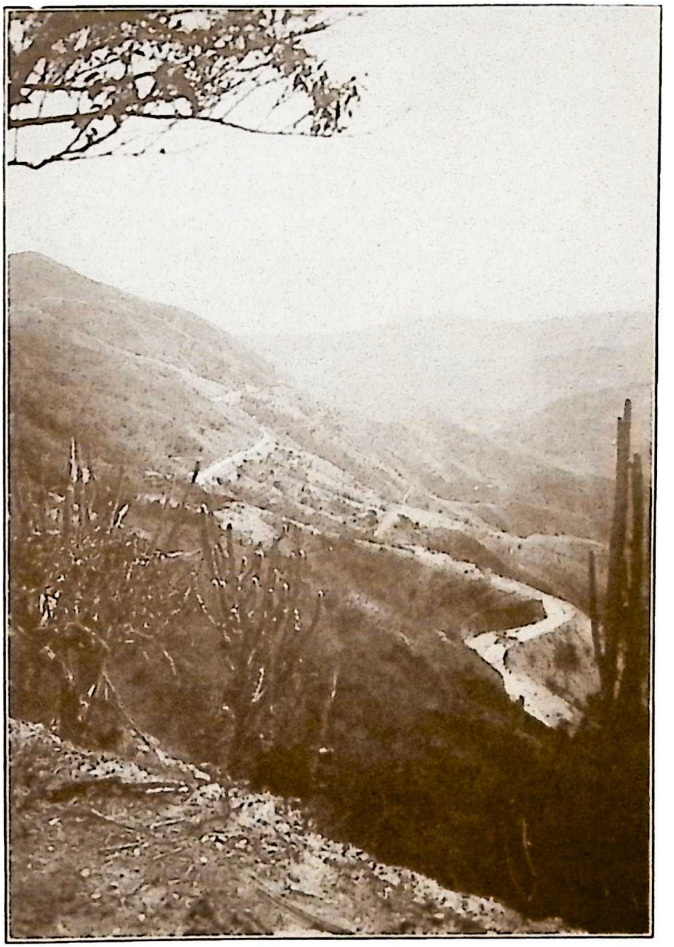
Para conciliar los intereses opuestos y canalizar las aspiraciones nacionales era preciso hacer a un lado las rivalidades mezquinas de campanario, colocar la concordia encima del odio,

la reconciliación arriba del rencor. Por eso el General Gómez, para unificar a Venezuela, se sirvió de sus antiguos adversarios, a semejanza de Julio César que, para unificar el mundo antiguo, se sirvió de los mismos legionarios galos que él mismo antes había derrotado.

Y fué precisamente, por esa amplitud generosa de pensamiento, por lo que satisfizo todas las aspiraciones y pudo fusionar todos los partidos. Jacobinos y católicos, ateos y creyentes, godos y liberales todos fueron venezolanos para él y todos recibieron de su diestra vigorosa, medios de existencia y desarrollo. En este particular se parece el General Gómez a esas montañas enhiestas, cuyas blancas nieves alimentan a la vez distintos ríos que riegan diversas regiones y desembocan en diferentes mares . . .

"Por la Patria y por la Unión", fué el lema escogido por el gobernante de Venezuela, y por eso fué que después de haber acabado con las facciones que impedían la reconciliación espiritual del país, se propuso acabar con los aislamientos geográficos que impedían la unidad material de la nación: para esto último, empleó la carretera que perfora las montañas y lleva vida a los desiertos.

Hoy, las cordilleras que se alzaban como obstáculos insuperables, han sido vencidas. Hoy se puede viajar fácilmente desde los Andes hasta



Carreteras venezolanas sobre terreno montañoso.

la desembocadura del Orinoco y muy pronto los pueblos más apartados y lejanos, quedarán incorporados en la vasta red de comunicaciones que cada día unifica más a Venezuela. Después de la coherencia política vino, como complemento, la coherencia territorial.

Al lado de Sarmiento que dijo: "gobernar es educar", para exponer su programa constructor de escuelas; al lado de Alberdi que dijo: "gobernar es poblar", para resumir su vasto plan de colonización, bien puede el General Gómez presentarse con este lema, tan grande y respetable como cualquiera otro: "gobernar es unir". La construcción de caminos fué el corolario indispensable de su programa de congregación nacional. Con mano de hierro estranguló las diferencias faccionales, y luego, con mano creadora, hizo desaparecer las diferencias geográficas. Hoy el conservador y el liberal trabajan juntos y el llanero y el andino se miran sin rivalidad. Venezuela está unida y más aún lo estará a medida que transcurran los años.

LA NACION CREADORA

—"La tierra llora cuando no la cultivan",— me dijo el Presidente Gómez, contemplando plácidamente unos campos cultivados, y luego añadió con acento de convencido: "La producción es el problema fundamental de un pueblo".

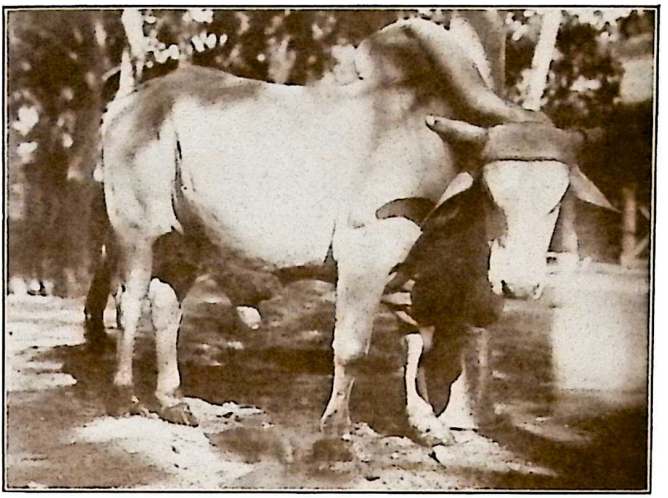
En estas cuantas palabras se resume el credo optimista y constructor del gobernante de Venezuela, que no obstante de hallarse próximo a cumplir setenta años de edad, en vez de inquietarse por la proximidad probable de la muerte, sólo piensa en multiplicar las fuentes de la vida. Una vez conseguida la pacificación de su Patria, no tuvo más empeño que hacerla producir. El anhelo máximo que ha llenado su existencia y que ya tuvo la gloria de ver cumplido, fué el de convertir a un pueblo belicoso y arrogante en un inmenso campo de labor...

Bajo la sombra de unos árboles gigantescos, me dijo que hace dieciocho años, cuando se hizo cargo de la Presidencia de la República, Venezuela importaba de otros países hasta los granos de

subsistencia. El territorio, asolado continuamente por la guerra civil, no cosechaba ni siquiera lo indispensable para nutrir a sus habitantes. Los agricultores, temerosos siempre de incursiones vandálicas, dejaban sin cultivar la tierra. Había, pues, que establecer la paz como base indispensable para la vida, afianzarla con actos de rigor, a fin de que los hombres de trabajo, libres de la amenaza perpetua de los hombres de guerra, volviesen a hacer productivos aquellos terrenos esterilizados por las guerras fratricidas.

Enfrente de aquella desesperanza colectiva, el General Gómez inició un régimen protector del trabajo y extirpador implacable del desorden. Y con el objeto de dar a sus conciudadanos una elocuente lección objetiva, el Presidente de Venezuela se puso a sembrar. El fué y sigue siendo el primer agricultor de su Patria. En sus fincas se produce en abundancia maiz, frijol, café, cacao, caña, caucho y algodón.

Más no conforme con la producción agrícola exclusiva, se dedicó con entusiasmo a la riqueza ganadera. Y se propuso mejorar las reses venezolanas, que por ser residuos de las reses andaluzas traídas hace siglos por los españoles a América, habían degenerado en forma lastimosa. Los últimos ejemplares tenían desarrolladísimos los esqueletos y eran muy escasos de carne. Había, pues, que importar toros escogidos de Eu-



Ejemplar de Zebú, empleado en los cruzamientos que han determinado la depuración y el mejoramiento de la ganadería en Venezuela.

ropa para cruzarlos con vacas de aquellas especies venidas a menos. Pronto, sin embargo, se advirtió que los toros Holstein no resistían al clima ardiente de los trópicos; entonces fue cuando al General Gómez se le ocurrió traer zebúes de la India y emplearlos en aquellos cruzamientos. El éxito ha sido completo, pues mientras los toros europeos están dando a las nuevas generaciones pecuarias riqueza de carnes y aptitud para producir leche en abundancia, los zebúes les están injertando resistencia y fortaleza. Y así fué cómo los llanos de Venezuela se empezaron a llenar con ganados nuevos, que tienen todos los atributos de las reses finas de los climas templados y que, además, pueden soportar la temperatura ardiente de la zona tórrida.

El General Gómez ha desparramado hasta la fecha por los llanos de Venezuela, más de tres mil toros finos, obtenidos de estos cruzamientos, y se calcula que antes de que transcurran diez años, las existencias pecuarias del país se hallarán completamente transformadas.

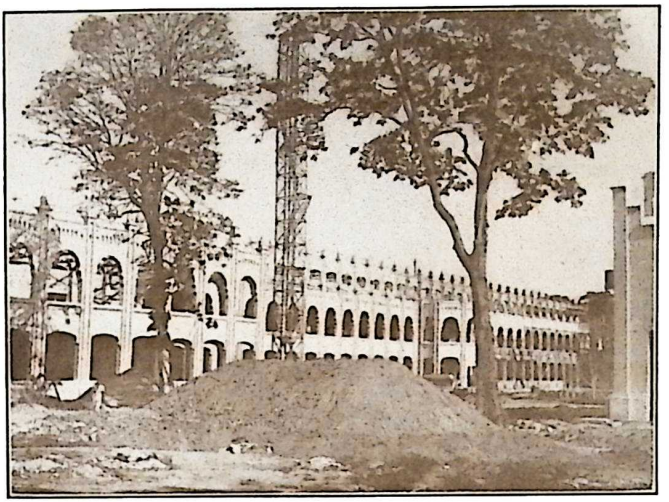
Aparte de haberle dado una oportunidad a la agricultura para que renaciese y de provocar una revolución en la ganadería, el General Gómez ha empezado a iniciar las industrias necesarias para beneficiar los productos del país. Ya tiene establecidas una fábrica de mantequilla, otra de papel y en estos momentos está termi-

nando la instalación de unos telares de lana y algodón, en donde trabajarán tres mil obreros de Maracay.

¿Que emplea la fuerza? Sí; pero no para causar la muerte, sino para defender la vida. El Ejército de Venezuela, perfectamente vestido y equipado, es un órgano dedicado exclusivamente a mantener la paz y a proteger las fuerzas creadoras de la República. Nadie piensa en Venezuela en otras luchas que aquellas que multiplican la riqueza nacional.

Durante la gran guerra que abrasó a las grandes potencias europeas, se hicieron esfuerzos extraordinarios para arrastrar a la República sud americana al conflicto. Pero el General Gómez, no obstante de que muchos de sus colaboradores se dejaron convencer de la necesidad de entrar a la lucha, se mantuvo firme en sus propósitos de paz y en vez de consumir las riquezas patrias en máquinas de muerte, se dirigió a sus conciudadanos excitándolos para que sembraran y multiplicar así la producción venezolana. Mientras el mundo estaba poseído de un vértigo de precipicio y de la embriaguez loca de la muerte, él procuraba y conseguía para su patria, la resurrección y la vida.

Yo miro a este hombre singular con interés y luego paseo mis ojos por los campos que él ha enriquecido a fuerza de tesón y de trabajo. Y al



Talleres de Hilados en la ciudad de Maracay.

reflexionar en su programa tenaz de producción perpetua, me doy cuenta de que es el mismo programa de todos los constructores de nacionalidades. Cada pueblo vale por lo que produce y las naciones estériles no son ni siquiera advertidas por la civilización. Cuba vale por su azúcar, Brasil por su café, Inglaterra por su fierro y su carbón. Entre las ciudades laboriosas, Rheims se distingue por sus viñedos, Nuremberg por sus juguetes, Bruselas por sus alfombras, Pittsburgh for sus fundiciones, Detroit por sus automóviles. Y pasando del terreno material al campo de la inteligencia, cada pueblo se mide por el tributo que logra rendir a la cultura humana. Florencia es superior e ilustre porque en ella nacieron y se formaron el Dante y el Giotto, Savonarola y Fra Angelico, Miguel Angel y Leonardo, Guichardini y Maquiavelo. Y de la misma manera, se destacan en la Historia, Esparta por sus héroes, y Atenas por sus artistas, y Alejandría por sus sabios, y Roma por sus jurisconsultos, y Jerusalem por sus profetas. . . Cada pueblo que quiera ser benemérito tiene que contribuir con algo en la obra siempre trunca de la civilización.

Y Venezuela es un terreno fértil, tanto en lo material como en lo espiritual. Desde luego tuvo la gloria de producir a Simón Bolívar, al hombre más grande del Continente y uno de los más grandes del mundo. Y al lado del Libertador,

produjo la férrea masculinidad de Páez y la blancura inmaculada de Sucre. En el campo de las letras produjo a don Andrés Bello, cuyos versos plácidos y armoniosos, habrían merecido una sonrisa aprobatoria del mismo Horacio. Hasta las figuras pintorescas y provocadoras de dificultades tienen en Venezuela, algo de original y grande que denuncia la potencia creadora del pueblo.

Pero el exceso de producción política había interrumpido la producción material, que es cimiento indispensable de las edificaciones espirituales. Había, pues, que atender al basamento para que la construcción social recobrase el equilibrio y dejase de vacilar. Había que afirmar la paz y conseguir la coherencia política y geográfica, para que viniera la producción. Y la producción ha venido: Venezuela es una nación creadora.

El General Gómez gira su vista por los campos, y como si estuviese abarcando con el amor infinito de su mirada a toda Venezuela, me dice satisfecho: "Ya los surcos están bien abonados y la cosecha tiene que ser abundante." Y sonríe, y su sonrisa penetra en el porvenir.

LA PARABOLA DE LOS TOROS

La propaganda pasional extiende por toda la América española la noticia de que Venezuela es un pueblo de carácter muerto. ¡Y no! Al llegar a la República sud americana, por más que uno se proponga, no encuentra a las gentes con los ojos encandilados, los labios tartamudeantes y el pulso tembloroso. En vez de ver fantasmas amedrentados, pendientes de hilos misteriosos, se encuentra uno con ciudadanos que denuncian en todas sus actitudes, fuerza y virilidad. Lo que sucede es que esa virilidad y esa fuerza, en vez de desbocarse hacia el desorden y el caos, se han encauzado noblemente en obras de progreso y construcción.

El General Juan Vicente Gómez, que gusta de ilustrar sus ideas con símiles tomados directamente de la Naturaleza, me pintó el encauzamiento de las energías venezolanas hacia el trabajo fecundo, con una parábola elocuente que resume a maravilla su obra gubernamental. En verdad, la misma parábola puede aplicarse a to-

dos los arquitectos de pueblos y orientadores de muchedumbres.

Me había estado hablando en su hacienda "Las Delicias", de los métodos empleados por él para mejorar las especies pecuarias de Venezuela. El cruzamiento de vacas del país con toros "Holstein" y zebúes de la India estaba produciendo unas reses vigorosísimas para el trabajo, ricas en carnes y productoras en abundancia de una leche exquisita. De pronto, al ver en el horizonte unas carretas, me dijo que los toros que las conducían eran ejemplares obtenidos de aquellos cruzamientos. Al advertirme la corpulencia y fuerza de aquellos animales, me hizo notar también, que no estaban castrados. "No ha habido necesidad de mutilarlos—me dijo con aplomo—para conseguir que trabajen. Al principio se resistían; pero tras de bregar un poco con ellos se ha conseguido que arrastren pacíficamente las carretas."

Yo me doy cuenta exacta de la admirable alegoría empleada por el General Gómez. El problema estriba en dominar sin castrar. Lo que hizo con los toros es lo que ha hecho también con las multitudes humanas. No las ha mutilado: ha impedido nomás que empleen sus heroicos impulsos y sus poderosas energías destruyéndose las unas a las otras. No ha matado la virilidad

Hermosos ejemplares de los nuevos ganados venezolanos.

en Venezuela; lo que ha hecho, es orientarla hacia el trabajo y el bien.

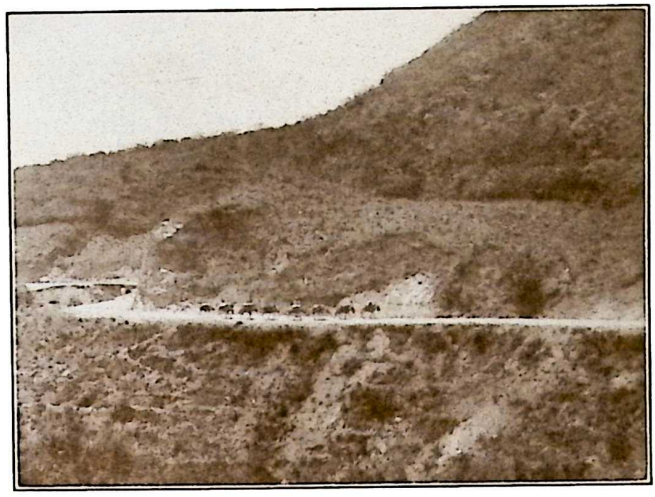
Con mano de hierro ha domado los instintos rebeldes, ha estrangulado los brotes anárquicos, ha barrido el caudillaje antiguo, ha hecho pedazos, en fin, ese doctrinarismo enredado y desbordante que hacía antes en Venezuela, como sigue haciendo en otras repúblicas oscilantes del nuevo mundo, de cada pensador un demagogo y de cada demagogo un tirano.

Un individualismo indómito, irreductible y original es la característica más saliente del pueblo de Venezuela. Cada personalidad es una fuerza, cada corazón es un volcán, cada cerebro es un imperio. Los venezolanos no son como los borregos de Panurgo, fáciles de ser arrastrados por una rutina; por lo contrario, cada ciudadano del país lleva en el alma un exceso de energía latente y lucha por destacarse sobre los demás e imponer su doctrina a las masas. Por eso, al través de un siglo, han brotado infinidad de caudillos, cada cual con su plan libertario y su programa regenerador: estos programas y planes, al chocar los unos contra los otros, engendraron luchas enconadas y rencores irreconciliables.

El General Gómez, que conoce a su pueblo como ningún otro Jefe de Estado contemporáneo conoce al suyo, decidió encerrar toda la doc-

trina suelta y todos los gérmenes levantiscos dentro del cofre hermético de su poderosa voluntad. Ese cofre, como el de Pandora, tiene sujetas muchas cosas, que al salir, producirían daños enormes. El General Gómez las tiene aprisionadas y entretanto el pueblo crece y se está vigorizando. Con el afán insaciable de doctrina, Venezuela será un pueblo eminentemente pensador: Andrés Bello y Juan Vicente González son muestras elocuentes de lo que esta nación puede producir. Por otra parte, con su voluntad siempre rebosante, la República del Orinoco tiene garantizada su independencia a perpetuidad. Lo que se requiere, por consiguiente, es que las energías del país se orienten hacia un mismo rumbo, a fin de que no se desbaraten las unas a las otras en el suicidio horrendo de la guerra civil.

Por muchos lustros desfilaron por el solio venezolano caudillos fuertes, desde el llanero Páez hasta el originalísimo Castro; pero ninguno de ellos consiguió coordinar las energías de la República en la forma cerrada y absoluta del General Gómez. El pueblo, por exceso de vigor, siempre se encuentra predispuesto a revolverse. Era pues indispensable, que en ese torbellino de tanta utopía en desorden y de tanta ambición en tumulto, se alzara un Gobierno fuerte — ¡un verdadero gobierno! — que impusiera la dieta política, recuperadora mágica de la salud.



Fragmento de carretera en las cumbres de los Andes.

Pero la dieta no es la muerte; el sistema no es la asfixia; el método no es la agonía del carácter; el orden no es el estrangulamiento de la virilidad. El pueblo de Venezuela en vez de ser un pueblo muerto, se ha dedicado a trabajar con fe y se prepara para nuevas y deslumbrantes transformaciones.

LA PARABOLA DEL RIO

La mañana en que me fuí a despedir del Presidente de Venezuela, tuvo él la singular deferencia de pedirme que me quedara unas cuantas horas más, porque deseaba llevarme a conocer sus afamados potreros de Tocorón.

Después de hacerme pasar por campos riquísimos en donde pastaban reses de selección, me condujo el General Gómez hasta un río, al cual hizo variar de dirección. Ese río atravesaba antes tierras áridas y estériles y sus aguas se perdían lastimosamente sin regar plantas que perpetuasen la gloria de la vida. El broncíneo estadista abrió un nuevo cauce por terreno fértil, en donde ahora, cada gota de agua es preciosamente aprovechada. Y precisamente en el sitio exacto en donde desvió el curso de la corriente, me dijo, con profunda convicción: "Con resolución y fe se puede hacer todo, todo . . . hasta cambiar la dirección de los ríos."

Yo recordé la fe evangélica que mueve las

montañas, y él continuó hablándome de la siguiente guisa:

—"El destino de Venezuela era como este río. Extraviado por el terreno de la esterilidad y el odio, no podía realizar algo grande y definitivo. Yo, al ascender a la Presidencia, me propuse que las energías nacionales, en vez de seguirse perdiendo en arenas infecundas, empezasen a correr por tierras fértiles y generosas. Me costó mucho trabajo el cambio de rumbo de la nación, porque estorbaban a mi obra todos aquellos que se habían acostumbrado a medrar en el desorden y a comerciar con la sangre de la Patria. Fuí riguroso e inexorable hasta conseguir que aquello cambiase. Pero ahora se ven los resultados: la deuda exterior contraída por las administraciones del pasado, está cubierta casi íntegramente; nuestro crédito comercial en el mundo, ocupa un sitio de primera fila; las tierras han aumentado de valor y por consiguiente, ha habido un enriquecimiento general; los distantes Estados de la República se encuentran ligados por carreteras; la producción nacional aumenta continuamente; nuestras exportaciones crecen año por año . . . y todo se consiguió con cambiar el curso del río."

Yo escucho la parábola con interés y me parece que viene a completar maravillosamente la parábola de los toros. Ambas alegorías dibujan la obra completa del General Gómez. Sus ad-

El General Gómez y los doctores Requena y López Rodríguez en los Potreros de Tocorón.

EL ARBOL EPICO

En las líneas anteriores procuré describir la forma íntima y estrecha con que el General Juan Vicente Gómez vive entregado a los campos de su tierra. Diríase que a semejanza de los magos de Oriente que figuran en "Las Mil y Una Noches" sabe hablar con los árboles y entiende el canto de los pájaros. La adoración que siente por el samán de Güere demuestra que hasta para rendir tributo a las leyendas y tradiciones de su pueblo, sabe injertar el culto de la Patria dentro del culto santo de la Naturaleza.

¡El samán! . . . El samán es Venezuela, como México es el nopal, como Cuba es la palmera, como Argentina es el ombú, como Grecia era el laurel. A semejanza del árbol simbólico, el pueblo venezolano es noble, fuerte, grande, hospitalario y protector. Tiene unas raíces poderosas y agudas que perforan la tierra y llegan hasta su corazón. Es dueño de una copa frondosa que, al ser acariciada por los vientos, se transfigura en lira de prodigio. Entre sus ramas alegres pue-

den colgar sus nidos los pájaros cantores; bajo su follaje espléndido, pueden descansar los peregrinos y los caminantes . . .

No reina el árbol prócer por productos de carácter material. Mientras la caña esbelta del maíz parece gritarle al hombre: "yo te doy mi grano para que te nutras;" y el algodón parece decirle: "yo te doy mi fibra para que te vistas;" y la viña agrega: "yo te doy mi jugo para que alegres tu vida;" y la magnolia añade: "yo te doy mi perfume para que te embriagues de paraíso;" y el laurel exclama: "yo te doy mis hojas para que te corones de gloria . . ." Mientras así se ofrendan las otras plantas, el samán se limita a decir: "yo te doy mi sombra fresca para que reposes y puedas proseguir la jornada." Y como los héroes sólo necesitan, de vez en cuando, de un poco de reposo para continuar sus epopeyas, resultan los amigos predilectos del samán.

A semejanza de Sirio que se destaca sobre las demás estrellas, sobre los innumerables samanes de Venezuela, se yergue magestuosamente el viejo samán de Güere. Tiene mil años de edad y fué amigo de Simón Bolívar. Bajo su copa milagrosa, leyó una de sus proclamas más elocuentes el héroe magno de Carabobo y de Junín. Por eso, si el nopal heráldico de México puede gritar con soberana altivez: "sobre mis pencas erizadas de espinas se posan las águilas aztecas," el

samán de Güere puede contestar con legítimo orgullo: "debajo de mis hojas cantan los libertadores."

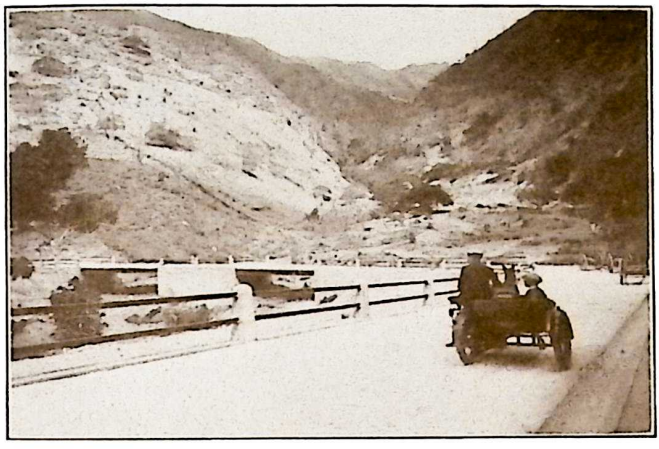
El General Gómez es adorador de la memoria de Bolívar; pero gusta especialmente de asociar el recuerdo del paladín, con el árbol prócer que lo cobijó con su sombra venerable. ¡Es natural! Un escritor se enamoraría de la pluma de Bolívar; un hombre de mundo buscaría con empeño sus uniformes y sus trajes; a un paleógrafo le encantaría poseer sus manuscritos; un psicólogo, un analista espiritual preferiría ser el dueño de sus libros predilectos; una dama gustaría principalmente de visitar su casa y familiarizarse con las cosas íntimas del Libertador. El General Gómez, a fuer de venezolano, ama todos los objetos que pertenecieron al héroe; pero los que ama con mayor ternura son la espada que blandiera en los combates y el samán bajo cuya plácida frescura leyó, en una mañana de gloria, su mejor proclama al Ejército de la Libertad.

¿A qué se debe la preferencia del mandatario venezolano por el árbol prócer? A que el samán, además de ser una reliquia histórica, es una creatura venerable de la Naturaleza. En él mira coincidir gloriosamente los dos afectos máximos de su vida: el de la Patria y el de la Naturaleza. El samán clava sus raíces, al mismo tiempo, en la tierra y en el Pasado: la tierra lo nutre con

amor y el Pasado lo decora con magnificencia. En sus ramas hay brotes simultáneos de hojas verdes y leyendas áureas. Es un ser viviente y un altar.

Y, naturalmente, para una alma como la del General Gómez, que gobierna a su país sin desprenderse un sólo instante del seno de la Naturaleza, tenía que ser el samán de Güere, su símbolo predilecto, la materialización de la Patria más en consonancia con su fuerte personalidad. En las ramas heridas por el tiempo implacable, mira el complemento activo de la Historia, la prolongación radiante de las epopeyas de hace un siglo. Por eso, para el General Gómez, el árbol épico es cuartel de blasón, linfa de Castalia, ara de un culto, dogma de una creencia, mandamiento de una religión.

Patria y Naturaleza: esos son los dos polos sobre los cuales gira la existencia del General Gómez. Si en lugar de ser hombre de mando, fuese hombre de letras, su poeta predilecto sería Virgilio que lo mismo cantaba la epopeya de Eneas, que entonaba églogas tiernas a los campos. El árbol épico de Güere tiene esa admirable dualidad y en su tronco cuelgan los orgullos de la estirpe. A semejanza de esos árboles de Navidad, cuajados de luces cintilantes, el heroico samán de Güere fulgura con todas las antorchas de la leyenda venezolana.



Detalle que demuestra la protección lateral de las carreteras venezolanas.

Decían los griegos que los ruiseñores que se posaban sobre la tumba de Orfeo, cantaban mejor, y lo mismo pasa con este árbol milagroso: después de que Simón Bolívar recibió la caricia de su sombra, fué mejor soldado de la Libertad. Y después de que Gómez se inundó de la frescura de sus hojas, fué a la Hacienda de la Providencia a pronunciar su célebre brindis "Por la Patria y por la Unión," sobre el cual se edificó la Venezuela contemporánea.

Enamorado del árbol prócer y quizás viendo en él, la alegoría santa de todas las ancianidades gloriosas, el Presidente mandó cubrir las heridas del tronco con cemento y luego construyó en su derredor una barda hecha con cañones de fusiles. Estos cañones están teñidos con los colores de la bandera venezolana y dan idea de que es la misma Patria la que envuelve y ampara al árbol envejecido. Y los fusiles coronados por las bayonetas, parecen las armas de un ejército invisible presentadas en actitud reverente de homenaje. Y resulta conmovedor que los fusiles — instrumentos de muerte — estén destinados a proteger perpetuamente a aquel árbol que es un símbolo santo de Libertad y de vida . . .

Hoy el árbol se encuentra mutilado y parece un veterano cubierto de heridas: así debió haberse visto el Caballero Bayardo después de la batalla de Pavía. Es como una bandera excelsa

desgarrada por la acción de los proyectiles; tiene la pristina pureza de un celaje destrozado por los torbellinos. Se está muriendo en un crepúsculo de gloria; pero en cada primavera hace un esfuerzo y se cubre de brotes y de yemas y continúa ofreciendo en su desolación, todo lo que un árbol puede ofrecer: sombra a los caminantes, abrigo a los pájaros cansados y aroma casto a los vientos crueles que le van a arrebatar sus últimas hojas . . .

La agonía del samán de Güere es la de un héroe. El día en que su hoja postrera se acabe de marchitar y la última gota de su savia se consuma, las banderas nacionales deben izarse a media asta; las bandas militares deben tocar marchas fúnebres y los cañones de la República deben despedir al ilustre muerto con el estruendo con que se despide a un gigante.

Pero mientras yo pienso melancólicamente en la muerte, el General Gómez piensa en la vida. Hace apenas unos cuantos meses que arrancó del samán heroico dos ramas y las plantó él mismo, para que germinaran en el solar venezolano. Esos retoños pronto serán árboles y perpetuarán la gloria del árbol próximo a desaparecer. Ellos serán los sostenedores entusiastas de la tradición, los risueños herederos del optimismo y de la vida.

"Renovarse o morir," dijo lapidariamente Gabriel d'Annunzio; y más lapidariamente aún di-

ce el Evangelio, que sólo los que volvieren a nacer podrán llegar a la bienaventuranza eterna. Y el samán ha vuelto a nacer. Todo está volviendo a nacer en Venezuela.

Venezuela tiene la virtud de reproducirse en sus grandezas, como la tierra fecunda en sus frondas perpetuas. Allá crecen los heroísmos con la exuberancia de la grama y abundan las excelsitudes como los astros. Allá se puede aplicar sin hipérbole la frase grandiosa de Víctor Hugo: "Nunca admite vacíos la voluntad de la Omnipotencia." Catalina Sforza, en una almena de la ciudadela de Rímini, al ver que los soldados asaltantes iban a matar a sus hijos, se llevó las manos al vientre y exclamó con sublime acento épico: "Ved de donde nacen otros." Lo mismo que aquel vientre santo es el solar venezolano: siempre listo a nutrir nuevos hijos y árboles generosos.

EL CAMINO DE LA LIBERTAD

Los capítulos anteriores, en forma de artículos periodísticos, aparecieron, primero en "El Nuevo Diario" de Caracas y después, en otros importantes rotativos hispano americanos.

Meses después de publicada esta serie, escribí el siguiente artículo, que circuló en México y los Estados Unidos. También lo incluyo en este libro porque contiene ciertas pinceladas que contribuyen a delinear mejor la fisonomía del General Gómez, y apunta algunos detalles que revelan la evolución de su obra gubernamental.

*

* *

Mi inteligente y sutil amigo Mister W. F. Buckley me habló por teléfono para participarme que acababa de recibir un cablegrama de Caracas en el que se le dice que el General don Juan Vicente Gómez ordenó que fuesen puestos en inmediata libertad y sin excepción alguna, todos los prisioneros de carácter político que había en Venezuela. Asimismo, el mensaje comunica que

"La Rotunda", la cárcel tradicional de Caracas, había empezado a ser demolida, y que en el sitio que hoy ocupa, iba a ser construído un espléndido jardín.

No se añadió a esta noticia el más leve comentario; pero como Míster Buckley sabe que yo soy mexicano, y que el Gobierno de México tiene suspendidas sus relaciones con Venezuela, dizque porque siente horror por los actos drásticos que se atribuyen al vigoroso Ejecutivo de la progresista república del Orinoco, me doy cuenta exacta de todo lo que mi informante me quiere decir. La reflexión es inevitable: mientras el despotismo venezolano arrasa los viejos presidios, el régimen libertador de México, manda cada día nuevos cadáveres a los cementerios . . .

Efectivamente, no pasa semana sin que la prensa de mi Patria anuncie nuevas hecatombes. Diez fusilados en Guadalajara, cinco en Guanajuato, tres en Veracruz, siete en quién sabe que otro lugar. La lista roja aumenta constantemente. Se mata como mataba Robespierre: para consolidar las conquistas de la Revolución, para castigar a los partidarios del retroceso, para salvar la causa de la Libertad; pero de cualquier modo, las orgías de sangre continúan en proporciones que producen vértigo . . .

El General don Juan Vicente Gómez se hizo

cargo de la Presidencia de Venezuela, a fines de 1908, precisamente cuando en México iniciaba don Francisco I. Madero su cruzada en favor del sufragio efectivo y no la reelección. Desde entonces, la Patria de Bolívar ha trabajado intensamente por conquistar la paz, por tener crédito, por aumentar su patrimonio de riqueza. México, por lo contrario, atraído por utopías imposibles, se ha hundido en la miseria y en la tragedia. Mucho se ha hablado en las dos últimas décadas del despotismo venezolano y de las libertades que florecen en la tierra de Juárez; pero a la hora de hacer el balance resulta que, mientras las cárceles de Venezuela se están transformando en jardines, los campos de México se convierten en patíbulos . . .

Ante el desenlace generoso de una dictadura hermética, y el epílogo sombrío de una revolución que pretendió ser libertadora, cabe preguntar: ¿cuáles son los regímenes que conducen más directamente a la redención humana? ¿Los que comienzan concediendo todas las libertades políticas y acaban generando tiranías cruentas, o aquellos otros, que empiezan vigorizando la autoridad en forma inexorable, y que luego, cuando están seguros de que no se alterará el orden público, van suavizando lentamente las primitivas asperezas, hasta terminar en categoría de administraciones paternales?

Jules Lemaitre contesta la anterior pregunta en su sapientísimo cuento "La Escuela de los Reyes". Dicho cuento pinta a los tres Reyes Magos, Gaspar, Melchor y Baltasar, introduciendo en sus reinos respectivos, las reformas que se imponían como consecuencia de su visita al establo de Belén. Ellos habían escuchado en éxtasis a San José, que delante del niño les anunció que todos los hombres eran iguales, y que por lo mismo, pronto no habría más ni ricos ni pobres ni esclavos ni tiranos.

El más conmovido fué Gaspar, quien al regresar a su reino de Africa, convocó a sus gobernados, y con voz temblorosa les dijo traerles una gran noticia: "Todos somos iguales, todos somos hermanos, ni yo debo seguir siendo Rey, ni vosotros debéis continuar siendo súbditos. Amémonos los unos a los otros."

La contestación del populacho fué pavorosa. Los ciudadanos de aquella fraternidad evangélica, al advertir que no había autoridades que temer, se dedicaron al más desenfrenado de los saqueos. Entre el desorden se destacó un negro ambicioso, que naturalmente pensó en sentarse en el trono. Como Gaspar se hallaba poseído de infinito amor, no se defendió de los bandidos que fácilmente lo derrocaron y metieron en un calabozo. La gente sensata reaccionó en contra de aquel caos y libertó al rey preso, quien al volver

al solio, se mostró lleno de susceptibilidad y de rencor. Exterminó cruelmente a todos sus adversarios, fué egoísta en todos sus actos, y guardó un pésimo recuerdo de su viaje a Jerusalem.

Menos teórico pareció ser Melchor, quien convocó a sus súbditos para que eligiesen una Asamblea parlamentaria. Pocos fueron los ciudadanos que se interesaron por la invitación que les hacía el Rey, pues lo único que hasta entonces les había preocupado eran las cosechas abundantes y los impuestos reducidos. Sólo una reducida minoría del pueblo tomó parte en la elección y, naturalmente, resultaron triunfantes los que habían prometido realizar imposibles. Los hombres de aquel Congreso fueron turbulentos, utopistas e insaciables, y se pusieron a hablar de igualdad, fraternidad, libertad, justicia, progreso, humanidad, patriotismo y civilización. Por supuesto que aumentaron la injusticia, la miseria y los sufrimientos del pueblo y que el infeliz Rey Melchor murió decapitado.

El más cuerdo de los Reyes Magos fué Baltasar, quien se hizo la siguiente reflexión: "Para que Dios haya necesitado venir a sacrificarse por los hombres, es porque éstos no son virtuosos. Es una mentira que se amen entre sí y otra mentira que sean todos iguales. Por consiguiente, voy a conservar mi autoridad intacta, no solo porque me es muy grata, sino también porque es lo que

más conviene a mis gobernados". Después de las anteriores consideraciones, convino en que la visita al Dios - Niño había dulcificado sus sentimientos y que su espíritu tendía a gobernar con mayor templanza. De acuerdo con este programa, Baltasar fué un rey enérgico, concienzudo, cordial y fué concediendo a sus súbditos, no la Libertad, que es una palabra vana, sino algunas libertades concretas que mejoraron su condición.

Es indudable que Jules Lemaitre, al pintar los ensayos redentores de los tres Reyes Magos, pintó elocuentemente todos los gobiernos que han tenido las naciones ibero americanas desde que se hicieron independientes. ¿Para qué citar casos concretos? Baste decir que la demagogia ha conducido al desorden y el desorden ha generado la tiranía, y que la autoridad vigorosa, al ejercitarse austeramente, ha protegido el trabajo, multiplicado la producción, y por consiguiente, mejorado el bienestar colectivo. Mientras los soñadores de la Democracia, han terminado en el cadalso, como el Rey Melchor, o han apostatado de sus anteriores principios para transformarse en déspotas, como Gaspar, los constructores de nacionalidades han tenido que seguir la conducta sabia y prudente de Baltasar . . .

El General don Juan Vicente Gómez, jamás ha blasonado de redentor ni de demócrata. Ascendido a la presidencia después de los ocho años

turbulentos del General Cipriano Castro, se impuso como primer deber la realización de la paz y la extirpación de los brotes de la anarquía. Su gobierno, al principio, con toda la aspereza y acritud que demandaba un pueblo levantisco, se fué suavizando con los años, a medida que las gentes se iban acostumbrando a no discutir su autoridad. La situación exigió en sus inicios una regla de conducta inflexible: para que pudiera venir la riqueza se hacía menester que hubiera trabajo; para que las gentes pudieran trabajar con provecho se necesitaba que los protegiese la paz; para que la paz fuese un hecho, era indispensable castigar con dureza a los que alterasen la tranquilidad pública. Hoy, que nadie piensa ya en revoluciones, el Gobierno ha dejado de pensar en castigos. A la sumisión de los antiguos rebeldes, el General Gómez ha contestado con la supresión de los presidios.

Decir ahora que en la república de Venezuela se disfruta de la misma libertad política de Inglaterra, sería decir una mentira; pero esa libertad tampoco la hubo durante la administración de Castro, ni bajo el régimen de Crespo, ni menos durante el gobierno de Guzmán Blanco. Por consiguiente, sería injusto atribuir al General Gómez la supresión de derechos cívicos que nunca existieron en épocas pasadas. A falta de libertad política, se disfrutan plenamente todas las otras

libertades: libertad civil, libertad contractual, libertad de comercio, libertad de industria, libertad científica, libertad artística y libertad religiosa.

Al amparo de todas esas libertades, Venezuela ha entrado en un período de franco desarrollo y de indiscutible prosperidad. Los escépticos se han tenido que convencer; los apasionados han tenido que admitir que estaban en un error; los coléricos han tenido que deponer sus armas. Lo que juzgaban vía tiránica sin salida, ha resultado el camino que más se aproxima a la Libertad. Y el General Gómez, al mandar construir un vergel en el sitio sombrío en donde estuvo "La Rotunda", ha materializado en este acto la síntesis de su obra de estadista, que consiste en transformar una nación aprisionada por la anarquía y la miseria, en un glorioso emporio de trabajo y civilización.

TERCERA PARTE

LA ELOCUENCIA DE LAS CIFRAS

QUIEN haya tenido la paciencia de leerme, se habrá dado cuenta de que me he limitado a pintar al General Gómez, tal como es él, sin aventurarme para nada en los detalles de su obra administrativa. No pretendí formular una ejecutoria definitiva sobre un régimen político, sino exhibir una copia sincera tomada del natural. Por eso me interesaron mucho más que los datos estadísticos, los recios perfiles y el vivo colorido que hacen del Presidente de Venezuela una personalidad única.

No se hacen los retratos interesantes con montañas de números ni con asientos de contabilidad. Está bien que John D. Rockefeller quede íntegramente descrito con una cifra; pero algo muy distinto es la pintura de un Jefe de Estado que sintetiza un pueblo. Por eso fué que al emprender la obra, no me interné en una oficina a examinar memorias ni a remover documentos. Nunca me preocupé de hacer un inventario exacto de méritos y virtudes, sino un cuadro vivo tomado

de la realidad. "La Parábola del Río," expuesta sobriamente por el General Gómez, me parece por sí sola, más gráfica y significativa que todos los asientos que puedan hacer los tenedores de libros. El detalle de respetar la vida de un árbol, denuncia tanto amor a la Naturaleza como el establecimiento de cien escuelas granjas. Una actitud, una mirada, un gesto, una palabra, bastan a veces, para delinear una personalidad.

Sin embargo, este libro quedaría incompleto, si tras de haber dibujado la figura del Presidente de Venezuela, no exhibiera aquellos datos que justifican, si no la exactitud de las facciones, cuando menos el ambiente de optimismo y esperanza en que el pintor ha envuelto a la personalidad retratada. En mis artículos pinté a un constructor, y claro está que las cifras del comercio venezolano pueden decir mejor que cualquiera otra cosa si mi retrato es un embuste o si, por lo contrario, es un reflejo exacto de la realidad.

Como no deseo convertir este libro de impresiones diáfanas en un "libro mayor" de contabilidad, sólo transcribiré dos cuadros interesantísimos que he tomado del Balance económico y fiscal que en 19 de diciembre último, hizo el doctor Centeno Grau, Ministro de Hacienda de Venezuela, de la obra administrativa del General Gómez. Uno de esos cuadros se refiere al progreso fiscal, y por él se ve que los ingresos vene-

zolanos han aumentado en doscientos cincuenta por ciento en los últimos dieciocho años. Helo aquí:

1908 a 1909.....	Bolívares	50.410,132.88
1909 a 1910.....	"	48.552,856.81
1910 o 1911.....	"	69.862,183.65
1911 a 1912.....	"	82.793,513.34
1912 a 1913.....	"	65.462,539.45
1913 a 1914.....	"	60.370,995.01
1914 a 1915.....	"	50.598,460.51
1915 a 1916.....	"	65.674,385.29
1916 a 1917.....	"	72.126,667.34
1917 a 1918.....	"	53.253,686.06
1918 a 1919.....	"	57.102,117.67
1919 a 1920.....	"	101.134,440.17
1920 a 1921.....	"	81.560,716.19
1921 a 1922.....	"	70.926,950.07
1922 a 1923.....	"	87.691,319.72
1923 a 1924.....	"	102.249,051.73
1924 a 1925.....	"	120.165,139.88

Como se ve por las cifras trascritas, el erario venezolano progresó desde que el General Gómez se hizo cargo del Poder Ejecutivo hasta que estalló la guerra mundial. Durante la guerra y en los dos años subsecuentes los ingresos sintieron los vaivenes y oscilaciones propios de aquella situación anormal, aunque sin bajar a las cifras de 1909. En 1922 vino la reacción definitiva de salud y desde entonces se ha duplicado el erario de la próspera república.

Cualquier observador acostumbrado a analizar situaciones económicas, se tiene que dar cuenta

de que el progreso de la hacienda venezolana no es una "llamarada de paja" próxima a apagarse. Muchas veces sucede que un aumento fiscal no corresponde al progreso auténtico del país, y entonces provoca una crisis tremenda. Eso fué lo que pasó en México durante el primer año de gobierno del General Plutarco Elías Calles: se aumentaron inmoderadamente las contribuciones en todos los ramos, y al cabo de doce meses, al hacerse el balance general, se advirtió con entusiasmo que después de pagar todos los servicios públicos, quedaba en el Tesoro un superávit de varios millones con el cual se pudo fundar el Banco de Estado. Pero . . . como el auge hacendario era artificial; como no había habido un florecimiento mercantil que justificase el aumento de los ingresos; como por lo contrario, el enriquecimiento del Fisco coincidió con un abatimiento económico, resultó como consecuencia inexorable, que el segundo año de la administración del General Calles fué uno de los más terribles que ha sufrido el pueblo mexicano. Se tuvo Banco; pero con un comercio estrangulado y una industria exprimida.

No es ese el caso de la república sud americana. Allá, la riqueza del erario ha sido consecuencia de la riqueza del pueblo. El Gobierno no ha exprimido a Venezuela, pues el desarrollo fiscal, a pesar de haber sido enorme, no es tan gran-

de como el desarrollo mercantil. Véase el siguiente cuadro del comercio exterior, tomado también del citado Balance del doctor Centeno Grau, Ministro de Hacienda del General Gómez:

Años	Exportación	Importación	Total
1908-09	83.145,315.81	46.617,568.63	129.762,884.44
1909-10	86.419,582.50	53.002,281.83	139.421,864.33
1910-11	96.920,228.94	76.659,853.22	173.580,082.16
1911-12	133.285,534.00	93.361,447.00	226.646,981.00
1912-13	149.101,191.07	98.905,033.52	248.096,224.59
1913-14	136.392,867.92	83.905,713.31	220.298,581.23
1914-15	103.625,692.54	55.820,477.03	159.446,169.57
1915-16	124.843,663.76	84.632,182.98	209.475,846.74
1916-17	119.866,768.60	113.585,651.15	233.452,419.75
1917-18	98.021,654.86	77.463,888.15	175.485,543.01
1918-19	204.597,675.63	86.819,758.76	291.417,434.39
1919-20	225.361,046.92	251.418,848.88	476.779,895.80
1920-21	117.724,027.90	189.002,020.34	306.726,048.24
1921-22	148.280,727.50	89.392,924.04	237.673,651.54
1922-23	144.498,032.03	124.596,129.97	269.094,162.00
1923-24	183.304,261.08	171.668,718.57	354.972,979.65
1924-25	281.939,089.42	226.901,747.42	508.840,836.84

¿Qué tiene de extraño que las rentas de Venezuela hayan aumentado en razón de "uno a dos y medio," si el comercio se ha cuadruplicado? Desde el momento en que las contribuciones aumentan en razón inferior al comercio, claro está que es porque se han suprimido muchos gravámenes y gabelas. Y el país, al sentirse libre de muchos impuestos onerosos, se siente cada día más ágil y mejor capacitado para el progreso.

El Ministro Centeno Grau, al presentar ante el mundo el Balance de la Rehabilitación venezolana, demuestra que el General Gómez al exponer su "Parábola del Río," no produjo una fanfarronada hueca, sino la alegoría elocuente de su obra de estadista. Queden, pues, las anteriores cifras, si no para completar el retrato del estadista, sí para probar que tiene perfiles de constructor.

LA TESIS DEL CESARISMO DEMOCRATICO

También quedaría trunco este ensayo si no expusiera, aunque someramente, la doctrina que explica el gobierno unitario del General Gómez. El eminente historiógrafo Laureano Vallenilla Lanz, ha cristalizado dicha doctrina en el macizo párrafo que sigue:

"El César democrático, como lo observó en Francia un espíritu sagaz, Eduardo Laboulaye, es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular. "El es la democracia personificada, la nación hecha hombre. En él se sintetizan estos dos conceptos al parecer antagónicos: democracia y autocracia," es decir: Cesarismo democrático; la igualdad bajo un jefe; el poder individual surgido del pueblo por encima de una gran igualdad colectiva, reproduciendo en esta antigua colonia española, por raras coincidencias sociológicas, el mismo régimen de gobierno que un historiador lusitano ilustre considera como el ideal de la raza ibérica, cuando bajo la autoridad

de uno solo se fundieron las nacionalidades peninsulares, la guerra fué una escuela de igualación social, el pueblo conquistó las más altas prerrogativas, se eliminaron los privilegios, se abatieron los grandes y se estableció el más perfecto acuerdo "entre el espíritu nacional y las instituciones surgidas naturalmente de la evolución orgánica, que fueron por esa causa la genuina expresión del genio colectivo, dando a España la unidad y la fuerza necesarias para imponer al mundo su voluntad y su pensamiento."

El César es demócrata porque establece la igualdad y refleja en su poderosa voluntad, la voluntad de las mayorías.

Aunque el mando se encuentra concentrado en su diestra de bronce, lo que él hace en realidad, es obedecer los imperativos de la nación. El pueblo quiere paz y trabajo para adquirir bienestar, y las facciones lo único que le brindan es desorden y anarquía.

Por eso Vallenilla Lanz aboga sin vacilar por lo que él llama *"cesarismo democrático,"* y que a su juicio, es el único capacitado para imponer el orden. Evoca las siguientes palabras de Hipólito Taine: "El gendarme electivo o hereditario de ojo avizor y de mano dura, por las vías de hecho inspira el temor, y por el temor mantiene la paz." Y añade estos conceptos de su propia cosecha: "En muchas naciones hispano americanas, con-

Fragmento de la carretera de Caracas a Maracay.

denadas por causas complejas a una vida turbulenta, *el caudillo* ha representado una necesidad social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen.

"Cualquiera que con espíritu desprevenido lea la historia de Venezuela, encuentra que aún después de asegurada la independencia, la preservación social no podía, de ninguna manera, encomendarse a las leyes, sino a los caudillos más prestigiosos y temibles, del modo como había sucedido en los campamentos. "En el estado guerrero, el ejército es la sociedad movilizada, y la sociedad es el ejército en reposo."

"Nada más lógico que Páez, Bermúdez, Monagas, fuesen los gendarmes armados contra las montoneras salvajes, dispuestas a cada instante y con cualquier pretexto, a repetir los crímenes horrendos que destruyeron en 1914, según la elocuente frase de Bolívar, tres siglos de cultura, de ilustración y de industria."

También el Presidente del Pérú, don Augusto B. Leguía, ha hecho el elogio del caudillaje en los siguientes términos irrefutables: "No fueron nuestras leyes, sino los caudillos, los que hicieron la Patria. ¡Qué habían de hacerla las leyes, propuestas y derogadas casi al mismo tiempo, conservadoras unas veces, liberales otras, nunca

adaptadas a la realidad social sino al gusto de los imitadores extranjeros! Fueron los caudillos, los que con sus ambiciones frenéticas, sus luchas sangrientas y la pompa abigarrada de sus ceremonias, dieron primero, conciencia a la nacionalidad, y después, iniciaron su progreso." El mismo ilustre Jefe de Estado anuncia la evolución del caudillaje en la siguiente forma: "Al caudillo heroico de otro tiempo, debe sucederle ahora en el gobierno de nuestro pueblo, el caudillo constructor. Digo caudillo, porque debe animarle todavía un resíduo del fuego sagrado que iluminó el alma de los antiguos forjadores de la nacionalidad. Y digo constructor, porque la obra por realizarse difiere de la obra realizada ya."

Por último, también en favor de los Ejecutivos fuertes pronunció el Presidente de Cuba, General don Gerardo Machado, las siguientes palabras: "Entre las muchas cosas cuyo derrumbe contemplamos, figuran algunos convencionalismos que en un tiempo se recomendaban como panaceas de los conflictos políticos y sociales. Se ha perdido la fe en los programas de los partidos y hoy sólo se estiman los resultados. En la escala de valores revisada durante el último decenio, el Orden ha quedado muy por encima de la Libertad, y en el equilibrio de autoridades que durante un siglo mantuvo la regla de la separa-

ción de los poderes, todo el mundo está conforme en darle la ventaja al Ejecutivo.

"Es que la guerra, con sus terribles males y peligros, impuso a millones de hombres la necesidad del Mando, y así restauró los prestigios de la Autoridad. Listos los Tratados y desvanecida en breve la ilusión de la Paz, vieron los pueblos que sus males cambiaban sin desaparecer y que los peligros que los amenazaron, se renovaban sin extinguirse. De allí que sintiendo la nostalgia del Jefe, vivan ansiosos de dirección y de gobierno fuerte. Así se explica la conquista del poder por Mussolini en Italia, por Primo de Rivera en España y en Alemania por el Mariscal Hindenburg. El pueblo no acepta ya que el Parlamento siga siendo la arena donde los políticos se disputen el goce del poder excitados por la música de la elocuencia. El pueblo reclama de sus representantes que en el Parlamento hagan labor útil, que se ocupen de satisfacer las exigencias de orden práctico y las de aquel otro orden superior de la grandeza nacional. No soporta las Cámaras que cerrando los ojos a la realidad, prolongan su pugilato con el Ejecutivo, labor estéril que tan de moda estuvo en los años anteriores a la guerra.

"De todo eso resulta que, acosada por las necesidades del presente, la voluntad nacional le brinda al Jefe del Estado poderes *sin límites*. No

le importa al pueblo que su ejercicio se llame Dictadura. Lo que pide es que se emplee en protejerlo eficazmente en la lucha por la existencia, que el Poder persiga y realice la doble finalidad del fomento de los intereses materiales y el resguardo de los intereses morales."

Como se ve claramente en los párrafos trascritos, los Presidentes de Perú y de Cuba ratifican en todos sus puntos la tesis del "Cesarismo democrático," formulada por Laureano Vallenilla Lanz. Ahora bien, cuando dos Jefes de Estado, que tal vez nunca se han tratado personalmente y cuyos pueblos, apenas si tienen contacto, llegan sin embargo a un acuerdo ideológico perfecto, es porque la doctrina del Director de "El Nuevo Diario," descansa sobre los cimientos inconmovibles de la Verdad y de la Ciencia.

Es indudable que a Cuba le interesa más el alza y la baja del azúcar, que los principios teóricos que proclaman los candidatos a diputados. Que el senador de una provincia sea conservador o liberal, es algo que interesa únicamente a los partidos; a la nación lo que le interesa es que sus hijos se liberten de las deudas exteriores, que conquisten la estabilidad económica y que no sigan naufragando puerilmente en el océano de las palabras huecas y las instituciones nominalistas y artificiales.

Bien sabido es que los partidos políticos, al

invitar a los ciudadanos a votar, fingen estar interesados en que el país tome parte en el manejo de sus negocios. Sin embargo, como sólo presentan una disyuntiva de candidatos, resulta que en una pugna electoral, apenas si la nación se entera de sus problemas trascendentales. Véase, por ejemplo, lo que pasa en los Estados Unidos: ningún asunto grave se sujeta a la votación del pueblo. Cuando se elige a un diputado o senador, lo único que saben las masas en la actualidad, es si simpatiza con el prohibicionismo, o si, por lo contrario, pregona la libertad del comercio alcohólico. Así, pues, las elecciones, en lugar de servir para que el pueblo ejerza su soberanía, en realidad sirven nomás para que las muchedumbres sometidas se forjen por un momento la ilusión de que son las dueñas efectivas de los destinos del país.

A una Patria le importa mucho más que el escándalo de las facciones políticas militantes, el problema vital de la producción: que ésta sea abundante y que alcance en el mercado los mejores precios. Eso es lo que interesa al pueblo, y por lo mismo hay que educar a las masas para que concentren su atención en ese problema y no permitan que demagogos inferiores las distraigan con el resplandor efímero de una política infinitesimal.

Con esa orientación salvadora y conducido

por un hombre excepcional, el pueblo venezolano se ha colocado muy arriba. No se me oculta que los teorizantes incorregibles de la Democracia preferirían ver en la próspera República del Orinoco, en vez del Gobernante fuerte que ha pagado la deuda exterior y ha decuplicado la riqueza nacional, y está unificando al país antes disgregado con una red apretada de carreteras, a un funcionario de corcho, pendiente de los hilos enredados de las facciones ambiciosas, balanceándose siempre en el mar encrespado del desorden y bajo la amenaza perpetua de la anarquía.

A ese libertinaje demoledor es a lo que generalmente se llama democracia en el nuevo mundo. Es una sinfonía empalagosa de fraudes y de mentiras, en donde la verdad suena como nota desafinada y estridente. Es una farsa cruel en la que chocan las crudas realidades con las doctrinas embusteras, y en la que, los demagogos insaciables, disfrazados de libertadores, adulan abyectamente a las plebes para aventarlas contra los elementos pensantes de la Nación, y conseguir así la esclavitud de ésta a perpetuidad.

Esa ha sido la tragedia interminable de la América española; un contraste cruel entre un paraíso teórico del cual hablan las constituciones escritas y los apóstoles profesionales, y un infierno real que se hace atravesar a las masas tiranizadas. Cada vez que un fariseo le dice al

pueblo "eres libre", es porque ha aumentado en un eslabón la cadena pesada de su servidumbre; cada vez que le anuncia "eres feliz", es porque ha anotado una nueva desventura en sus anales.

¿Qué esperanzas serias de mejoramiento social y político pueden alentarse, mientras la mentira y el engaño sean los cimientos de la edificación colectiva? El primer paso de una redención auténtica tiene que ser en el sentido de volver a la verdad. Llamar a las cosas por sus nombres y tenerle más miedo y aversión a las tiranías hipócritas, que prosperan en la devastación y el caos, que a las dictaduras francas que se ponen a construir.

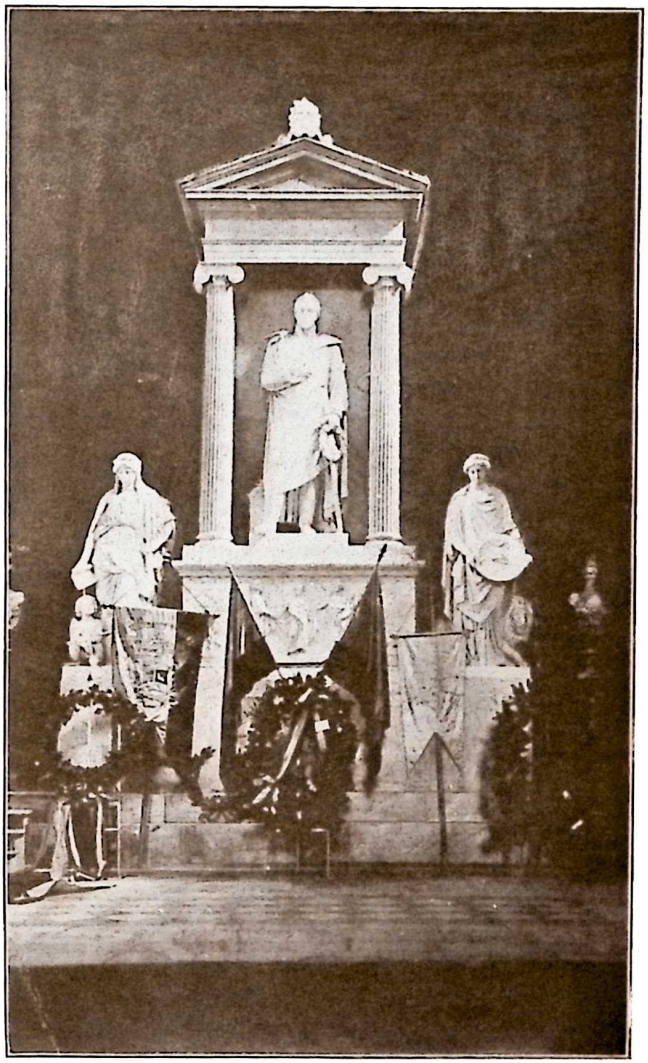
Eso es lo que ha procurado el historiógrafo Vallenilla Lanz. La mayor parte de los pensadores hispano americanos incurren en la más curiosa de las contradicciones; el instinto de conservación les obliga a desear el advenimiento de un gobernante fuerte que se coloque arriba de la demagogía; pero la ideología democrática (a la cual desean ser fieles, románticamente fieles) les impele seguir adorando las constituciones inobservadas. Y viven sobre el absurdo de venerar al mismo tiempo, una constitución teórica y al César que se encuentra encima de ella. Vallenilla Lanz se ha salido de esa posición pueril y ha formulado sin ambajes su doctrina del "Cesarismo democrático". Podrá ser buena o

mala; pero es verídica . . . y la veracidad en la América española es tan inusitada que casi cobra aspectos de heroísmo.

Por eso es tan sólida su posición cuando se expresa de la siguiente guisa: "Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas no hay discrepancia de ningún género. Yo soy en el libro el mismo hombre que en la prensa, en la plaza pública y en el Congreso. Sostengo el régimen actual de Venezuela porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal; porque es el que, imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando el país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas estas democracias incipientes, con enormes desiertos y con poblaciones escasas y heterogéneas que carecen todavía de hábitos, de ideas y de aptitudes para cumplir los avanzados principios estampados en nuestras constituciones escritas: inmigración europea y norteamericana (gente blanca) y oro, mucho oro, para explotar nuestra riqueza y hacer efectiva la unidad nacional por el desarrollo del comercio, de las industrias y de las vías de comunicación".

Las anteriores palabras las escribió Valenilla Lanz en el año 1921, en el que los ingresos fiscales de Venezuela ascendieron a setenta millo-

nes y el comercio exterior fué de doscientos treinta y siete millones. Cuatro años después, o sea en 1925, los ingresos llegaron a ciento veinte millones y el comercio exterior a quinientos nueve millones. Estas cifras prueban la eficacia del régimen imperante. El General Gómez, con hechos elocuentes, ha confirmado la doctrina del pensador.



HEROE DE MARMOL

La tumba de Bolívar en el sitio de honor del Panteón Nacional de Venezuela.

LA TUMBA DE BOLIVAR

SI mi culto por la memoria de Bolívar fué lo que me ligó con las gentes y cosas de Venezuela, era natural que al salir de aquella República me fuese a despedir de la tumba del Libertador.

¿Qué prestigio máximo tienen los huesos de los gigantes, que hacia ellos rueda uno arrastrado por irresistible atracción? Por miles de años, millones de gentes han acudido desde tierras lejanísimas a las Pirámides de Egipto, es decir, a las tumbas austeras de los Faraones. La cúpula dorada de los Inválidos de París, parece tener un imán poderoso que atrae a los viajeros al sarcófago en donde duerme su sueño de piedra el águila imperial. ¿Qué tiene pues de particular que yo viviese con la obsesión de visitar la tumba de Bolívar?

Esa tumba se encuentra en el lugar de honor del Panteón Nacional de Venezuela. Este panteón fué antes templo dedicado al culto católico y llevaba el nombre de la Santísima Trinidad. Hoy

está dedicado a los héroes y reina en él esa trinidad cívica que integran los nombres de Simón Bolívar, Francisco Miranda y José Antonio Sucre... Bolívar... ¡el Profeta de América! Miranda... ¡el soldado de la Revolución Francesa! Sucre... ¡el vencedor en Ayacucho! ¡Qué magnífica trinidad de grandeza y de gloria!

Los restos del Libertador ocupan el mismo sitio sagrado en que antes estuviera el altar mayor. Ningún otro lugar sería más apropiado, pues en donde se adora a Dios se debe adorar también a los cruzados de la Libertad. En el sitio purificado por el cáliz están bien los huesos del adalid...

A los dos lados de la tumba de Bolívar se encuentran las sepulturas vacías de Miranda y de Sucre. Murieron lejos del solar nativo y Venezuela no ha podido repatriar los huesos venerables. Los restos del Gran Mariscal de Ayacucho reposan hoy en la Catedral de Quito, en donde reciben el amoroso tributo del pueblo ecuatoriano, que no consiente que el cadáver del héroe sea arrancado de su corazón. En cuanto al bravo aventurero de la Revolución francesa, nadie sabe en donde está enterrado, y por lo mismo, es casi imposible que en el futuro venga a reposar definitivamente en el regazo de la Patria. De cualquier modo, Venezuela ha realizado una acción bella al mandar construir estos

El Gran Mariscal de Ayacucho don José Antonio Sucre.

dos sarcófagos vacíos; las tumbas abiertas hacen pensar en nidos abandonados por águilas audaces que tendieron el vuelo a otras regiones: Venezuela parece una madre amorosa que no se cansa nunca de esperar el retorno de sus hijos predilectos.

¿A qué construir esas tumbas si no se tienen los cadáveres que en ellas se han de depositar?— preguntará un espíritu práctico y positivista. ¡Ah! Es que las tumbas vacías suelen ser las más venerables y elocuentes, porque a falta de algo material y tangible se llenan de espíritu. Si no están las cenizas de Miranda y Sucre, sí está íntegramente su recuerdo. Hay que tener presente que fué una sepultura vacía la que conmovió a la Europa medioeval y aventó hacia el Oriente, capitaneadas por Godofredo de Bouillon y por Federico Barbarroja, por Ricardo Corazón de León y por Luís el Santo, las avalanchas soñadoras de las Cruzadas ...

Una tumba vacía sacudió a los pueblos de la Edad Media y dos tumbas vacías conmueven de fervor patriótico a Venezuela. Nosotros, los mexicanos, no podemos darnos cuenta exacta de la intensidad de este culto cívico, porque nuestros héroes máximos todavía son discutidos y participan de los odios y resquemores que dividen a la Nación. Juárez es el campeón del Partido Liberal y recibe las invectivas de los

conservadores. Iturbide, por su parte, es el adalid de los tradicionalistas y no es aceptado por los radicales. El mismo Hidalgo, que inició la guerra de Independencia, tiene multitud de adversarios que niegan sus méritos y discuten su gloria.

En esa misma categoría se encuentran en Venezuela Páez y Monagas, Falcón y Zamora: pertenecen principalmente a las facciones, y su gloria se oscurece y resalta, según los hombres que se encuentran en el poder... Arriba de los héroes discutidos se encuentran Bolívar, Miranda y Sucre, que reconcilian todos los credos y unifican el alma nacional.

Para adquirir la idea exacta de esa devoción cívica, los mexicanos tienen que salirse del terreno heroico y entrar al campo religioso. Ninguna fiesta laica en México es tan imponente ni tan conmovedora como la fiesta de la Virgen del Tepeyac. La historia cuenta que cuando el Cura Hidalgo estampó a sus banderas la imagen de la Guadalupana, se congregaron en su derredor cien mil fieles. Pues bien, los nombres de Bolívar, Miranda y Sucre, son en la República del Orinoco, como el símbolo de la Virgen morena de México, y condensan con su prestigio, el alma de toda Venezuela.

Por eso hasta las tumbas vacías resultan altares... Más alto que los sarcófagos vacíos, se

encuentra el sepulcro de Bolívar, que sin género de dudas es el tabernáculo máximo de la América del Sur. El cadáver del Libertador yace en una urna gótica sellada cuatro veces por el escudo nacional, ese escudo en donde sobre campos de azur vuela un caballo blanco, símbolo de la nobleza y de la Libertad . . .

Cubriendo la urna, se alza delante de ella, una estatua de mármol inmaculado en la que Bolívar exhibe, más que sus energías de Capitán, su corazón ardiente de apóstol y su diáfano espíritu de Profeta. El héroe aparece en actitud serena, pensativa, soñadora; no es el titán que ha escalado los Andes sino el filósofo que ha dominado la vida; en sus nobles facciones no se advierten ímpetus de alud, sino supremas tranquilidades de cumbre . . . Es Bolívar ya fuera del mundo, desposado con la Eternidad.

Hay héroes cuyas estatuas deben cincelarse en mármol transparente, en tanto que otros reclaman la consagración definitiva del bronce. José Martí, el poeta redentor de Cuba, es para el mármol; José Antonio Páez, el caudillo de los llaneros venezolanos es para el bronce. Mientras Leon Tolstoy, vaciado en bronce, se mira absurdo, Napoleón Bonaparte, cincelado en alabastro, se tiene que ver inadecuado.

Bolívar es de los héroes sintéticos, que lo mismo se ven de mármol que de bronce, porque fué

al mismo tiempo, el poeta del heroísmo y el héroe de la poesía. Tan pujante y viril como los demás atridas de la Historia, tiene, sin embargo, sobre ellos, el prestigio cautivador de haber sentido las palpitaciones del ritmo alado y de la forma perfecta.

Pudo Simón Bolívar haber sido el poeta máximo de América. Su alma refinada podía pasear sin desdoro ni rubor cabe los plátanos de Academo. Con un amor desinteresado y profundo por la cultura clásica y una diáfana comprensión de los problemas metafísicos, tenía los tamaños necesarios para modelar su vida en el ambiente sereno de los Liceos y las Academias. Si no hubiera tenido a su alcance paletas de sangre y pinceles de fuego, se habría destacado, lejos de las discordias y estridencias humanas, en el campo armonioso y sin rugosidades de las letras y en las abstracciones siempre plácidas de la Filosofía. Por eso es un héroe blanco, por eso es digno de que el mármol y el alabastro pregonen su inmortalidad.

Mas, ¿cómo iba a resignarse a ser un Aeda, quien sentía circular por sus arterias la sangre de fuego de los Héroes? Luchar es más bello que cantar. Homero es grande; pero lo es mucho más Akiles, el implacable destructor de las ciudadelas. Una alma como la de Bolívar no podía quedar satisfecha forjando cantos frágiles de

HEROE DE BRONCE
Estatua del Libertador Bolívar en la Plaza Principal de Caracas.

cristal y puliendo orfebrerías de gran señor. Antes de trovar romances cadenciosos, prefirió inspirarlos con hechos de gesta y hazañas de leyenda. Por eso abandonó la lira armoniosa para ceñirse al cuerpo la armadura épica y desdeñó la aurea nave, decorada con flores de lis, que conduce hacia Cytheres, para embarcarse en la trágica canoa de Flegyas que comunica las regiones infernales . . . Por eso es un héroe fuerte, por eso es digno de que su maciza personalidad quede troquelada para siempre en bronces imperecederos!

Héroe de mármol, héroe de bronce, héroe completo y universal . . . Bien podían conjurarse sobre su frente todas las adversidades: él no se detendría nunca, seguiría adelante con la terquedad del río que no deja de correr aunque sus aguas se congelen o tuerzan su curso las asperezas del camino. Esa fe ciega en sí mismos, esa confianza absoluta en el futuro, esa pertinacia en seguir, siempre seguir, es lo que constituye la médula de los inmortales . . .

¡Tener el aplomo de los que creen en su estrella! Marchar estoicamente al cumplimiento del Destino! En eso estriba la fuerza celestial del heroísmo . . . El héroe cree cuando todos dudan, avanza cuando todos retroceden, persiste cuando todos desfallecen. No lo paraliza la razón ni lo desencanta la experiencia ni lo desar-

ma el fracaso, porque las mismas saetas que arroja sobre él la humanidad, le sirven de premisas de ensueño. Los pesares se tienden sobre su corazón a manera de capas de una coraza que lo vuelve inaccesible a las pequeñeces del mundo. Cada lágrima que derrama se le clava en el alma como si fuese una estrella. Todo, en fin, va contribuyendo a depurar y sublimar su espíritu hasta transformarlo en el espíritu mismo de la Patria.

Héroe de mármol, héroe de bronce . . . Bolívar fué Poeta y también fué Poesía. Amó el Arte por el Arte mismo, y lo amó todavía más al servicio de la acción. Tomó parte principal en las luchas de su América, sufrió con los dolores intensos de su raza y levantó su alma como un prodigioso pararrayos, en donde se condensaron milagrosamente todas las tempestades de su tiempo!

En la Plaza Principal de Caracas, donde bulle la vida, bien está Bolívar de bronce, como ejemplo de fuerza; en el Panteón Nacional, donde se columbra la otra existencia, fué acertado esculpir su figura en mármol, como lección inmarcesible de virtud. Los jóvenes deben recordar su acción que domina al mundo. Los viejos deben evocar su verbo que triunfa de las sombras y la muerte.

Verbo y acción: tal fué, en resumen, la vida de

Bolívar. Decía cosas bellísimas; pero las sostenía con hechos más bellos aún que sus palabras. Sus frases lapidarias, que habrían lucido en el más exigente de los Ateneos, al forjarse austeramente en las cúspides heladas del dolor, adquirían ese ritmo acelerado y magnético que rasga el olvido y se cuela al través de las edades... La conjunción gloriosa del heroísmo de la inteligencia con el heroísmo del carácter, es lo que hace de Simón Bolívar la figura suprema del Continente.

Yo no soy venezolano; pero siento orgullo de que mi raza haya producido un hombre de su estatura. Por eso me acerco a su tumba como a un altar, y recuerdo su nombre como se recuerda un deber. La evocación de su vida constituye, por sí sola, una cátedra blanca de moral y un estímulo generoso para ampliar el pensamiento.

Por otra parte, el Presidente de Venezuela General Don Juan Vicente Gómez, al conferirme la condecoración que el mismo Bolívar creara, me ha ligado para siempre con la tumba del Profeta de la Libertad. Yo he recogido el agasajo con la unción con que se recoge un talismán protector. Llevaré el busto de Bolívar sobre mi pecho, como si llevase una estrella. A semejanza de los sacerdotes franciscanos, que hacen voto de pobreza para merecer el sayal que llevara el Santo de Asís, los bolivarianos debemos hacer voto

de ideal. Sería ridículo que yo intentase reproducir su grandeza; pero sí procuraré inspirarme en el evangelio de su vida. Haré todo lo posible por seguir sus ejecutorias de deber y de honor, porque Bolívar es el patrón de mi existencia.

Al contemplar su tumba, se olvidan los demás héroes. Poco a poco se esfuman la leyenda romántica y aventurera de Miranda, y el prestigio inmaculado de Sucre, y el encanto de las tumbas vacías. Es que junto a Bolívar, se pierden los contornos del Gran Mariscal de Ayacucho, y los perfiles enérgicos de Páez, y las duras siluetas de los otros capitanes. El Libertador está solo, enteramente solo . . .

Se cuenta que una vez Alfredo de Musset, al entrar en el suntuoso Palacio Mazarino, preguntó a uno de los ujieres si ya se habían reunido los miembros de la Academia Francesa. A lo que contestó el ujier: "No señor, el único que ha llegado es Víctor Hugo." "Entonces — exclamó el poeta romántico de "Las Noches" — ya no se necesita que vengan los demás Inmortales, pues Víctor Hugo es bastante grande para llenar él solo toda la Academia." Lo mismo puede decirse de los huesos santos de Bolívar: con ellos se llenan las tumbas vacías de Miranda y Sucre, con ellos se llena Venezuela entera y hasta toda la América . . .

DESPEDIDA GENTIL

Con la crónica anterior, le dije adiós a la noble y hospitalaria República del Mar Caribe. "El Nuevo Diario," tuvo la gentileza de dedicarme las siguientes palabras cordiales y generosas:

"Se embarca hoy para Nueva York, en donde fijará su residencia, el ilustre escritor y periodista mexicano doctor Nemesio García Naranjo.

"Durante su permanencia entre nosotros pudo comprender perfectamente la labor de progreso moral y material, realizada en Venezuela por la presente administración pública; y al ponerse en contacto con la eminente personalidad del Benemérito General J. V. Gómez, en la visita que le hizo en Maracay, pudo darse cuenta del singular estadista venezolano, que ha elevado el crédito moral y material de su país, a un nivel a que no soñaron nunca llevarlo los anteriores mandatarios de Venezuela.

"El doctor García Naranjo, con esa perspicacia sutil de las grandes mentalidades, pudo dar-

se cuenta inmediata de la interesante figura política del General Gómez, que es, sin disputa, el más fuerte Gobernante que hoy tiene la América latina, y en una serie de artículos, escritos con esa difícil facilidad que les es característica a los grandes escritores, exteriorizó sus impresiones sobre Venezuela y sobre el más eminente de sus hijos actuales.

"Todos los artículos que veníamos publicando en nuestras ediciones de la semana pasada, han sido recibidos con los aplausos que ellos merecen, en los círculos sociales, políticos e intelectuales, y en especial, el titulado "El Arbol Epico," ha sido considerado como una magistral página de antología.

"Por otra parte, en el doctor García Naranjo concurre la feliz circunstancia de que al lado del escritor sugestivo, lleno de música y de color, convive un caballero perfecto de la más exquisita distinción. Así pudo captarse inmediatamente las más cálidas simpatías de todos cuantos aquí le trataron.

"Se aleja, pues, de nuestras playas un amigo de Venezuela y de su ilustre Presidente, un divulgador entusiasta de nuestro progreso y de nuestra cultura, y un cantor apasionado de la gloria del Libertador.

"El Nuevo Diario," que cuenta a García Naranjo como uno de sus más insignes colaborado-

res y amigos, formula los más sinceros votos por su feliz viaje y le envía sus más expresivas salutaciones de despedida."

LA OFRENDA DEL LIBRO

Los escritores suelen poner la Dedicatoria en la primera página de sus obras. Yo he preferido llegar a la última hoja, para ofrendar mi modesto libro a la hidalga tierra de Venezuela que tuvo la dulzura de recibirme en su regazo cálido con mimos y ternezas de carácter maternal. Allá... encontré bálsamo consolador para mis penas de desterrado, estímulo bondadoso para mi trabajo, campo fértil para mis ideales, alas de oro para mis ilusiones, atavíos de gloria para mi fantasía...

Para corresponder a tanta fineza, no he hecho en este libro sino relatar la verdad. Todos los datos numéricos que apunto pueden comprobarse con facilidad; y en cuanto a los perfiles que tracé del Presidente venezolano, también pueden verificarse por el pintor honrado, que tenga la fortaleza espiritual necesaria para sacudirse del cerebro los prejuicios de una doctrina falsa y los extravíos de una demagogia enferma. Quien mire serena y desapasionadamente al General Gó-

mez, encontrará en él a un constructor ligado íntimamente con la Naturaleza y con su Patria.

Reciba, pues, la Patria de Bolívar, esta pequeña ofrenda, y ojalá que sirva para neutralizar en algo las difamaciones y calumnias que contra ella se han vertido. Muy dichoso se sentirá el autor de estas líneas si contribuye, aunque sea modestamente, a extender la fama de Venezuela y a pregonar su gloria.